

Resplendor sin fin

ANDREA TAPIA

Resplandor sin fin

CAPÍTULO 1

RESPLANDOR SIN FIN

©Andrea Tapia

©Fotografía de la cubierta: Bernarda Cornejo Pinto

Registro de autor N°

Depósito legal N°

ISBN N°

Impresión: Editorial Ecuador. Quito, 2009

EXISTEN MOMENTOS EN LOS QUE TE SIENTES como el mayor idiota que pisa la tierra. Como si ésta te hubiese apartado y continuara moviéndose sin ti. Los amigos son los que están allí cuando eso pasa, pero están porque es su obligación como amigos: estar. La familia también está ahí, pero no puede hacer nada más que escucharte y talvez darte algún consejo que quizás ni siquiera tomes en cuenta. Mas, en realidad, estás solo con respecto a las decisiones que tomas en la vida. Se torna difícil, pero así es la vida. No eres la única persona que enfrenta problemas y tampoco la única que piensa que todo es un desastre. Todos tienen sus propios problemas, incluso los que parecen no tenerlos, como mi hermana, Amaia. Hay veces que cuentas con

un hombro en el que puedes apoyarte y otras no, pero sin que importe cuál sea el caso hay que mantener la frente en alto. Incluso si todo en tu vida te parece un infierno, tienes que aprender a luchar hasta el final. Eso es algo valioso que aprendí de lo que pasó en el transcurso del final del año anterior y el principio de este. Creía saber todo acerca de mi hermana, pero de repente descubrí, a través de una serie de eventos inesperados, que realmente no sabía nada de Amaia.

Un día, un amigo me dijo que cuando alguien tiene un problema, es difícil comprender completamente qué es lo que esa persona está viviendo. Solo el que lo enfrenta puede saberlo. Todos pasamos por una serie de desafíos en la vida, eso lo sé. Y por más que sirva de ayuda tener a alguien, cada uno de nosotros debe enfrentarlos personalmente. Por eso, por más que sus intenciones sean las mejores, las típicas preguntas como «¿qué te pasa?» o «¿estás bien, seguro?» se hacen irritantes en un punto. No muchos pueden entender el sufrimiento o el dolor que siente alguien, ni siquiera su propia madre. Entonces, esa persona trata de ocultarlo, al aparentar estar bien y evadir mostrar lo que siente. Imagino que ese fue el caso de mi hermana.

Hay una frase que probablemente toda joven ha escuchado: «cada chica encontrará su príncipe azul en cualquier momento.» Es difícil comprender por qué se cree en ese tipo de frases, pero quizás algunas lo hacen porque les da esperanza y una razón por la cual seguir adelante en la vida; y a veces hasta se hace realidad, creo. Yo, por mi parte, no creo en esas tonterías, ni un

poco. Pero Amaia, sí, y fue tan persistente en alcanzar ese sueño que eso le cambió su actitud hacia la vida y le robó la atención hacia su familia, a ella misma, y le llevó a otras circunstancias importantes que pasaron durante ese año.

Para narrar lo que pasó, necesito iniciar desde el final del año anterior, cuando todo comenzó. Necesito recordar cómo era la vida desde mi percepción antes de todo lo que sucedió. Todo eso que marcó un cambio en su vida, resultando en una transformación en la mía también.

CAPÍTULO 2

ESA PEQUEÑA BRILLANTE SEÑORITA: ESA ERA siempre la expresión que usaban al referirse a mi hermana mayor. Todo porque años atrás, cuando a mi mamá la transfirieron de la Clínica de la Concepción en Madrid, a otra clínica, en Sacramento, tuvimos que vivir en casa de una tía lejana que nos ofreció quedarnos ahí el tiempo que fuese necesario ya que vivía sola. Pero a mi madre nunca le ha gustado causar molestias y menos depender de otras personas, así que le prometió que no sería por mucho. De todas formas, estuvimos ahí por uno cuantos meses, que no los recuerdo muy bien, ya que era una niñita de cuatro años apenas. Lo que sé es que mi hermana participó en uno de esos concursos que la ciudad realiza para simple entretenimien-

to de sus habitantes. El concurso era el de «Pequeña Brillante Señorita», un concurso de talentos para niñas de California, o algo así. No recuerdo cuál era el premio, pero mi hermana ganó siendo de Madrid y no de California, lo cual ahora no me sorprende, porque la mayoría de veces no tiene dificultad en ganar cualquier certamen. Do años después regresamos a Madrid y mi madre consiguió un nuevo trabajo como enfermera de una anciana, en el que ganaba muy bien y le permitía regresar temprano a casa. Pero bueno, el punto es que por ese evento pasado, se quedó con ese nombre dentro de la familia, y debido a que nadie sabía muy bien el mío, a mí me llamaban, «cariño».

—¿Oye, cariño, podrías por favor decirle a esa pequeña brillante señorita que su familia la busca porque quiere darle este pequeño regalo felicitándola por lo bien que le ha estado yendo en el colegio? ¿Podrías? Lo que pasa es que es nuestra sobrina, sabes. ¿Demasiado linda, verdad?

Y apuntaban hacia Amaia, siempre.

¡Eso pasó en mi cumpleaños número ocho, y era MI cumpleaños, no el de ella! Nunca voy a olvidar cómo mi propia tía no supo que tenía dos sobrinas, que yo era una de ellas, y que justamente era debido a mi cumpleaños que estaba invitada a ir a mi casa. Desde ese día estoy molesta con gran parte de mi familia, muy molesta.

Y no era solamente su personalidad, era algo más que tenía y que no muchos tienen, lo que la hacía ser lo que era. Su capacidad de ser tan sociable y agradable

era lo que hacía que todos en la familia disfrutaran de su compañía, y siempre decían que ella era una inspiración para todos, y un asombroso miembro de la familia que todos los parientes adoraban. Realmente no la puedo acusar por ser como era, porque esa era ella, no trataba de competir con alguien o contra algo. Dios le había dado el regalo de ser carismática. Crecimos juntas, pero siempre fuimos tan diferentes e independientes. Aunque, a pesar de ello, luego de varias experiencias inolvidables, fueron nuestras propias diferencias las que nos unieron.

Había momentos en los que Amaia me agradaba, pero pocos, porque la mayor parte del tiempo me sentía disgustada por el que consideraba no merecido reconocimiento que recibía de parte de mis padres y del resto de la familia. A pesar de que ninguna de sus acciones causaban la rabia que sentía hacia ella, el glamour constante que la acompañaba a todas partes y lo opaca que era mi vida comparada con la suya, mostraba a quién realmente preferían todos en mi casa.

—¡Ah, sí, ya sé quién eres; sí, cómo podría olvidarte, eres la hermana menor de Amaia!

Y eso probablemente era lo que más odiaba de ser su hermana. Todos me recordaban como «la pequeña, antipática y desagradable hermana de Amaia». Ay, cosas así en realidad pueden hacerte perder la cabeza. Y era irónico ya que a ella la veían aun menos que a mí y de todas formas la conocían más. Amaia. Bueno, nadie intentaba siquiera evitarla o hacerle daño o lo que sea porque ella era a quien todos querían tanto. Me hacía

reír, a veces. Y para serles sincera no soy el tipo de persona que se ríe de sí misma o de los chistes de alguien más, a menos que sean demasiado graciosos. Nunca busco lo mejor en las personas, no tengo una buena actitud sobre la vida, ni salgo en una mañana soleada sólo porque «vale la pena». Soy más callada y reservada, en algún sentido. Me gusta vivir mi vida como viene y no espero mucho de nadie o de nada. Lo cual, yo diría, es lo opuesto de carismática, agradable y divertida. Nadie puede ser tan negativo como lo soy yo. Pienso que todo lo malo siempre termina pasándome a mí, y a ella, ni un rasguño.

CAPÍTULO 3

ERA FIN DE AÑO. TODA MI CASA ESTABA LLENA de invitados, la mayoría de los cuales formaba parte de mi numerosa familia. Mi mamá, como de costumbre, preparó cantidades enormes de pavo, lo cual era ya una tradición entre nosotros. Yo no le daba mucha importancia al fin de año. Para mí era una fecha normal que simplemente implicaba el final de un año y el comienzo de uno nuevo. No acostumbraba comer las doce uvas y desear cosas mientras se lo hace, ni cualquiera de esas tantas acciones que muchos realizan. Solo era un año más, como muchos otros. Lo que sí me emocionaba es que por Navidad y año nuevo el colegio nos daba dos semanas de vacaciones, hasta el 5 de enero.

Esa noche vi una carta rosada encima del escritorio de mi hermana. Yo entré a su cuarto para coger mi

Rolling Stones Live-Concert DVD. Mi propósito era inmediatamente desaparecer en algún lugar dentro de la casa que estuviese alejado de toda la fiesta. No puedo aguantar los besos y abrazos de la gente que apenas conozco. No los he visto en todo el año y esperan que los abrace y que les ofrezca mis mejores deseos para el nuevo año. Odiaba estas reuniones familiares, me enfermaban. Mientras tomaba mi DVD y lo metía dentro de un bolsillo vi el presente y ya que nadie en mi familia acostumbraba a dar regalos el fin de año, quise saber qué era. Normalmente, no soy una persona que se mete en asuntos de otros pero sentí curiosidad por saber quién pudo haber mandado el regalo. Todos estaban afuera en la terraza bailando y otros conversando mientras veían al resto bailar. Pero Amaia no estaba en ninguna parte donde la pudiese ver.

—Quizás pueda echar un vistazo, nada malo puede pasar si lo hago —dije esperando que Amaia no abriese la puerta mientras yo abría la carta cuidadosamente. Luego, para mi sorpresa, encontré dentro de ella una rosa seca y una dedicatoria en un papel. Decía:

A mi querida y muy apreciada Amaia:

El poema que me mandaste la última vez me mostró cuánto te preocupas por mí. Y necesito decir que sinceramente yo también, incluso más cada día. Quiero estar contigo. Y todos los días espero que sea lunes para poder leer todo lo que has escrito durante la semana y me mandas en estos sobres;

esos poemas, esas canciones, esas historias sobre nosotros; oh, mi dulce niña, eres una escritora fenomenal, espero que sepas eso. Oh, Amaia, significas la vida para mí. Cómo quisiera poder estar a tu lado ahora, pero ya que no fue posible aguardo el día de nuestra siguiente cita.

Espero que tengas un feliz año, te doy mis mejores deseos en el caso de que esta carta la hayas abierto después de las doce. Te quiero.

Con todo mi corazón,

Manuel

Mmm, así que... ¿QUÉ? No podía imaginar a mi hermana saliendo con un poeta convencional cualquiera como este. Es decir, ¡cómo pasó esto! Amaia siempre ha estado soltera, a veces saliendo con algún chico por algunos días pero jamás en una relación seria. Este tipo de la carta la trataba como si ambos fueron la reencarnación de Romeo y Julieta. Simplemente no lo entendía. ¿Por qué mi hermana nos mintió a todos diciendo que no estaba saliendo seriamente con nadie? ¿Por qué era que jamás había escuchado de alguien con el nombre Manuel? De pronto tuve la sensación de que no conocía nada sobre mi hermana, pero no pude admitirlo. Toda la carta sonaba muy sentimental, muy profunda en comparación a lo que los otros con los que ha salido normalmente le han dicho. Y ella no admitiría a nadie que fuese tan romántico que pudiera llegar a cansar. A menos que fuera una persona que de verdad valiera la pena. Desde que yo era más pequeña, la vida de mi

hermana no ha tenido mucho que ver conmigo. Por ejemplo, si tuviera algún problema le pediría a mamá que la ayudase pero nunca me preguntaría nada a mí. Jamás hemos sido esa clase de hermanas inseparables que se quedan despiertas en las noches hablando de sus secretos y sus vidas. Para comenzar, ni siquiera dormíamos en el mismo cuarto o veíamos películas juntas, ni nada de eso; no era una relación a la que se le pudiese llamar «cercana». Además, siempre pensé que salía con otro chico.

— ¿Sofía, eres tú? —dijo Amaia.

— Oh, mmm... sí, sí soy yo, Amaia; solo estaba buscando mi DVD, ¿lo has visto?

— En la gaveta a la izquierda, lo puse ahí; gracias por dejármelo tanto tiempo —repuso.

— No hay problema. Bueno... creo que te veré más tarde. Voy a dormir un poco. ¿Se lo puedes decir a mamá, por favor?

— Sí, claro.

— Buenas noches —dijo rápidamente.

Caminé hacia mi cuarto, cerré la puerta y encendí la radio para así no tener que escuchar tanto ruido que hacían los invitados. No podía desviar mi mente de esa carta; de hecho, estaba tan distraída que olvidé que tenía un ipod. ¿Qué estaba haciendo escuchando la radio? Lo que me molestaba era que mi hermana no se había tomado el tiempo de contárselo ni siquiera a mamá; ella me lo hubiese contado a mí y yo podría haber actuado como si no me importase en absoluto. Pero ahora era diferente porque no se lo había contado ni a mamá. Se-

guí pensando durante toda la noche acerca de qué clase era esa relación que tenía mi hermana. No conozco totalmente la vida privada de ella, pero tal vez tenga sus propias razones para no contárnosla. Decidí olvidarme del asunto, olvidarme de mi hermana y concentrarme en mis propios problemas.

No pude pensar en ninguno en ese momento, así que cerré mis ojos y me quedé dormida como si no me importase nada alrededor mío, y disfrutaba de esos muchos días de descanso.

CAPÍTULO 4

Y FINALMENTE SE TERMINARON LAS VACACIONes de fin de año y volvió la realidad: había que volver a clases. Aún me sentía bastante confundida, pero era más que nada por el colegio. Todo comenzó con la clase de literatura en la primera hora.

—Veamos Sofía, dime ¿qué tipo de personajes eran Antonio y Marta en la historia? —me preguntó la señorita Rivera.

—Antonio y Marta eran... hum... ¿los protagonistas de la historia? —respondí dubitativa.

—Hmm, no precisamente, ¡ya puedo ver quién va a reprobar esta clase otra vez! —dijo sarcásticamente.

—Literatura es lo más ridículo, ni siquiera sé por qué se creó —susurró Laura, mi mejor amiga.

Me miró y dijo:

—En serio, lo único que logra es hacer nuestras vidas más miserables. Es como que los profesores no tuvieran nada mejor que hacer que enseñar literatura para convertir al colegio en algo aún más confuso y aburrido de lo que ya es. Sinceramente prefiero los números a esto.

Caminamos por el pasillo al acabar la clase de literatura, la que yo más odio porque me hace sentir más estúpida de lo que ya soy, especialmente en lo que respecta a escribir. Es decir, me gusta escribir, eso está perfectamente bien. Pero lo que no aguanto es la decepción que ocasiona cada una de esas novelas con un final feliz, porque lo único que hacen es irse en contra de la realidad. No todos obtienen su final feliz en la vida. También odio escribir diez páginas sobre cómo atraviesan la situación, acerca de cuánto se quieren, básicamente toda esa porquería. ¿Cómo puede un chico de clase baja enamorarse de una chica de clase alta y huir juntos al «paraíso perfecto» en donde nadie los encontrará y vivirán su cuento de hadas? Es decir, ¿hola? esas cosas no pasan. Esas historias no se acercan a la realidad en lo más absoluto ni al asqueroso mundo en el que vivimos. Quizás escribir sobre problemas reales motivaría a otros a ver la realidad un poco más clara.

De pronto, un tipo se acercó a nosotras mientras caminábamos al patio donde servían el almuerzo y nos dijo:

—Señoritas...

—¡Oh, no puede ser! ¿Ese era Sergio Ruiz? —dijo Laura.

Miré a Laura con total discordancia.

—Supongo. ¿Y qué si es que nos saluda? Tiene ese aire de superioridad sobre todo a su alrededor y solo se concentra en la pequeña burbuja en la que vive que, en serio, no soporto. Se cree como si estuviese en lo más alto.

—Tal vez sea porque él ES el hombre más increíblemente guapo y atractivo que jamás ha pisado ésta escuela, Sofi. Entonces, contestando tu pregunta, sí, estoy un poco sorprendida.

—Ya para de estarlo alabando porque aparentemente está saliendo con mi hermana, los vi un día. La ha estado llamando las últimas tres semanas y no entraré en detalles al respecto. Ah, sí, por cierto, eso era lo que te iba a decir antes, que ahora sale con Amaia. Sabía que te ibas a sorprender si te lo contaba. Pero hay algo más importante... algo que descubrí.

—¿Está saliendo con ella? Cuánto desearía poder ser ella, tiene tanta suerte...

—¿Me estás escuchando, Laura? Ay, no entiendo por qué me molesto...

—No, no, dime. Es solo que él es tan... Olvídalo, dime qué pasó.

—Es casi igual de impresionante como el hecho de que me preocupa, y de que es sobre la vida de mi hermana... pero de todas formas...

—Ya, bueno, lo entiendo. Continúa, ¿quieres?

—Sí, bueno; es esta carta que encontré en su cuarto... era... era de un chico que no conozco y era como si coquetease con ella... con Amaia, pero en una forma extraña. No parecía ser algo que le gustase a mi hermana.

—Explícate...

—Hmm... Bueno. Me sorprendí, primero que nada, porque se supone que salía con Sergio durante las últimas tres semanas. Y segundo, porque ella no es la clase de chica que saldría con dos chicos a la vez. Y que uno de ellos sea tan extraño y que ella lo oculte de todos.

—¿Extraño?

—Sí, extraño. En esa carta le escribe con algo como tinta rosada, no como una persona normal escribe en estos días, incluso escribiéndole a mi hermana. Él habla sobre amor en una forma que me recuerda a Romeo y Julieta, tal vez peor sabes, ese tipo de extraño. Sin mencionar que en la portada de la carta dice SECRETO, ¿por qué sería un secreto?

—¿Quién escribe SECRETO en la portada de una carta? Pero oye, Sofi, no tienes que involucrarte en todo ese lío, quizás es sólo algo que estás exagerando un poco y no es de gran importancia, así que olvídale y sigue adelante...

—¡No, haré exactamente lo opuesto!

—Sofi, en serio, estás empezando a asustarme. Dime, ¿desde cuándo te interesa tanto la vida de Amaia?

—Es solo que... no lo sé. Sólo quiero saber si lo que estoy pensando es lo correcto y me molesta que ella actúe como una total...

—No lo digas, tú sabes que ella no lo es, incluso yo lo sé y no soy su hermana, ¡créeme! Ella no sería capaz de salir con dos sin que nadie lo sepa. ¿Le has preguntado a tu madre al respecto?

—No. No lo he hecho porque no he podido hablar con ella últimamente. Ha estado leyendo esos libros de auto ayuda, de cómo tratar a tus hijos y, créeme, no le ha dado resultados.

Laura me miró de la forma en que mira cuando está totalmente frustrada acerca de mi actitud hacia algo y dijo:

—Sólo estás demasiado preocupada por esos pequeños detalles que ni siquiera Amaia notaría. Créeme, ésta no eres tú.

Laura tomó su maleta y se levantó de la mesa en la que comimos.

—No sé qué me está pasando. ¿Acaso estoy comportándome diferente? —me pregunté a mí misma, mientras caminaba detrás de ella.

Pensé en muchas cosas durante esa tarde, mientras mi mamá miraba sus habituales programas de televisión. Un mundo entero se ponía de cabeza en mis narices y, en serio, estaba empezando a fastidiarme. O sea, mi hermana nunca mencionaba nada relacionado con la carta ni con ese Manuel. Bueno, no la había visto muy a menudo en esta semana porque había estado colaborando en este programa de ayuda a los niños en casas adoptivas, y eso ocupó la mayor parte de su tiempo. No he podido hablar con mi madre, en realidad; no últimamente.

Por lo menos mi padre no estaba ahí para darme más preocupaciones. Él solo decidió tomar el camino fácil en la vida y evitó casi toda oportunidad de estar con su familia.

Él es un hombre del cual no recuerdo ni su rostro. Según lo que sé tiene un trabajo de mecánico en los suburbios de Portugal, que no está lejos de aquí. Él es basura, juzgando por lo que nos hizo: abandonarnos. Me recuerda en lo que no quiero convertirme cuando crezca. El hecho de que nos haya dejado —quién sabe por qué— no me causa problema, ya que, de todas formas, no quisiera tener a un hombre irresponsable como padre; estoy bien sin él. Lo que sea que él haga o decida es su propio problema, no el mío ni el de mi madre. Y su abandono sólo nos beneficia. Me refiero a que podemos vivir sin él perfectamente, como hemos hecho por... ¿dieciséis años? Mi madre toma el rol de madre y padre al mismo tiempo, pero sé que realmente no tengo un padre, así resultaron ser las cosas. Muchos verían inmediatamente lo trágica que es mi familia, y quizás sí lo sea. ¿Pero, y qué? ¿Por qué llorar o quejarme por no tener un padre como quiero que sea? Escucho su nombre cuando sale el tema, pero no despierta ninguna sensación o sentimiento en mí. No lo hace y no lo hará.

Fui a mi cuarto y cerré la puerta, miré al techo y pensé por un momento.

—Tienes que ser paciente, no te estreses por nada. Paciencia, paciencia, es todo lo que necesitas —me dije a mí misma.

—¿Está alguien aquí?

Laura había cruzado la puerta y entrado en mi cuarto.

—¡Hola! Sólo estaba hablándome a mí misma, nada de qué preocuparse.

—Así se rumora: «Sofía habla con ella misma en su habitación a las cinco de la tarde en punto». ¡Sí que eres rara!

—Dímelo a mí. Así que, ¿qué haces aquí?

—Vine a darte esto.

Estiró su mano y me pasó una invitación violeta que tenía escrito un gran dieciséis en la portada. La abrí y leí: «Damas y caballeros: Sergio Ruiz les invita a su fiesta de dieciséis años que será celebrada en...» Antes de continuar leyendo hice una pausa y repetí:

—«¿Damas y caballeros?» Claro que este chico sabe cómo hacer que una invitación de cumpleaños suene toda poética y cara.

—Concéntrate en el lugar, Sofi...

Continué leyendo: «...celebrada en el Casino de Madrid. Día: viernes 16 de enero de 2009».

—¿Puedes creerlo? Seguramente Sergio va a ser aún más popular si hace su fiesta ahí.

—No sé por qué te emocionas tanto, Laura; es solo otra estúpida fiesta de Sergio Ruiz como las que siempre ha hecho. ¿No recuerdas la vez que hizo una fiesta sólo porque le regalaron un nuevo perro? Obviamente se le están agotando las excusas para hacerlas...

—Pero es su cumpleaños número dieciséis. Sabes, eso sí es importante. Bueno, por lo menos para él y para todos los que estén invitados.

Tomó la invitación entre sus manos.

—Además, era un cachorro terrier, ¡pequeña envidiosa!

—Sí, lo sé. No iré.

—¿QUÉ? Vamos, Sofi, será la fiesta más grande del colegio, a la que todos estarán invitados y es por eso que Sergio nos saludó esta mañana. Nos iba a dar las invitaciones pero me dijo que no pudo encontrarlas en ese momento, así que me las entregó hace un rato. Y sólo piensa en la comida, la espléndida música y los tan guapos chicos que asistirán y estarán ahí toda la noche para que nosotros podamos hablar con ellos. Y piensa en la gente de cursos mayores que va a ir; siempre quise salir con un chico mayor...

—No estoy interesada. Sólo míralo, es ese tipo de chico al que no le importa si estás dentro o si estás fuera. Además... espera un minuto... ¿Dijiste cursos mayores?

—Sí, todos.

—Eso quiere decir que mi hermana va a estar ahí. Como siempre, la invitan a todas partes y aún con más razón si se supone que sale con Sergio. Así puedo investigar esa noche todo lo que está pasando entre ellos y...

—¿Y es en eso en todo lo que te preocupas? Qué pérdida de tiempo.

—Escucha, voy a estar perdiendo mi tiempo si así lo quieres llamar, pero mientras tú estés ahí derritiéndote en frente de los amigos mayores de Sergio, yo voy a estar preparada y alerta en busca de alguna pista que venga de mi hermana y que me aclare algo sobre ese Manuel...

—Está bien, el punto es que vas a ir, ¿verdad?

—Exacto, voy a ir y Amaia no va a tener excusa para irse y seguir escondiendo su secreto de mí y de todos. Estoy ansiosa.

De verdad, estaba ansiosa.

CAPÍTULO 5

AL OTRO DÍA LLEGUÉ A MI CASA DEL COLEGIO Y vi un «Se vende» delante de la casa de nuestros vecinos. Sólo le eché un vistazo y pensé acerca de esa familia. Nunca había conversado con ellos, ni me había dado cuenta que ya iban como tres meses de vacaciones. Sólo sabía que eran una pareja casada con dos hijos. No soy la clase de persona que sabe mucho sobre sus vecinos.

Entré a mi casa y no había nadie, así que pensé que mi mamá estaba en el súper mercado haciendo las compras semanales y Amaia no había llegado de la escuela aún. Supuse que las dos regresarían pronto, o quizás debería llamar a mamá...

Abrí mi celular y vi cero mensajes. Así que marqué el número de mi mamá.

— ¿Mamá, dónde estás?

— Hola, cariño, estoy en la tienda con Amaia, comprando unos vestidos para una fiesta que tendrá ella. ¿Y tú?

— Bueno, ya que nadie me invitó a comprar vestidos, estoy aquí mamá, en la casa.

— Oh, cariño, ya sabes. Las cosas sólo pasaron y ya que tu hermana estaba en la casa cuando yo llegué y no tenía nada más que hacer, la traje conmigo. Ah, y cierto, ¿por qué te demoraste tanto en llegar a la casa?

— Tuve que quedarme una hora extra en el colegio por un proyecto; pero bueno, eso no importa, tómense su tiempo y yo esperaré como siempre. Adiós, mamá.

Me quedé ahí parada por un momento. De pronto, una idea me vino a la cabeza. Necesitaba chequear el cuarto de mi hermana.

¡No iba a desperdiciar una oportunidad como esa! Estaba esperando algún objeto o situación que me aclarase las dudas de lo que estaba pasando con mi hermana.

Dentro de la habitación rosada y amplia de Amaia había cosas comunes que encuentras en el cuarto de «la señorita perfecta». Pero no vi cartas, ni anillos, ni señales de Manuel... casi lo mismo de siempre.

— A ver... ¿Amaia, dónde está eso que escondes tan bien? Tal vez aquí. No, nada. Um, tal vez acá. Ni cerca, a menos que Teddy, el oso favorito de Amaia pudiera hacer algo al respecto. Dónde rayos...

Esto iba a tomar tiempo.

CAPÍTULO 6

EL SÁBADO EN LA NOCHE FUIMOS INVITADOS A la cena con los López, nuestros vecinos. No era algo que me emocionaba mucho pero a mi familia le encantaba socializar con la gente que conocíamos, como si necesitásemos atender a este tipo de eventos para ser socialmente aceptados, o algo así.

Mientras nos sentábamos en la mesa de comedor, noté qué agradable era su casa; todo estaba colocado en orden, limpio, y bien organizado.

—Sofía, ¿puedes pasarme las patatas por favor?

—preguntó el señor López.

—Claro —dije.

Yo seguía mirando a su hijo Alex. Estaba usando una corbata y una camisa azul. Él y sus amigos organi-

zaron una banda llamada «El Enigma». Tocaban en su patio trasero y al principio el ruido me volvía loca, pero luego mejoró y comencé a disfrutar su música. Nunca había ido a escucharlos tocar personalmente; pero de todas formas, su música se escuchaba en mi cuarto mientras hacía mi tarea. Había hablado con él pero muy poco, casi nada. Nos saludábamos cada vez que nos encontrábamos al tomar cada uno el camino a su colegio en las mañanas.

—Sofía, pásame el jugo —me dijo mi mamá en tono antipático cuando ya nos habíamos sentado a la mesa.

—Aquí está mamá, podrías por lo menos pedir-melo de buena forma la próxima vez —le insistí.

—¿Acaso necesito hacerlo? Eres la única persona cerca del jugo así que por favor pásamelo, soy tu madre.

—¿Y qué? Eso no significa que no puedas pedirme de buena manera que te pase algo. No soy tu esclava, sabes.

—Sofía, este no es el momento... siempre haces todo tan difícil para mí —dijo mi mamá, tratando de sonreír ante los López y fingiendo que no le importaba lo que le dije.

—Oh, lo siento tanto, pero, madre, ¡estoy harta! Odio cómo sólo pretendes no escucharme cuando te hablo y te digo lo que me molesta. Disculpen.

Me sentí avergonzada. Así que me levanté de la mesa y traté de irme. Mi madre no iba a seguir tratándome así. Alex había corrido tras de mí apenas salí.

—¡Oye, oye! ¿Qué haces? Es solo tu mamá poniéndose un poco molesta, si te vas la molestarás más...

—No me importa si está molesta ahora o si lo estará por el resto de su vida. Es su actitud hacia mí lo que me hizo hacerlo. Y como piensa que Amaia es su única hija y que yo soy sólo una carga siempre... yo... yo...

De repente, empecé a llorar descontroladamente en frente de Alex. No entendía por qué había mencionado a Amaia y nuestros problemas. Y él me seguía mirando, probablemente pensando que yo era una rebelde o algo así. Lo peor de todo era que sí me importaba que me viese durante ese momento. Me importaba a pesar de que él era un extraño para mí.

—Mira, ven aquí —dijo Alex mientras me cogía del brazo. De hecho se sentía muy bien, y no pasó mucho tiempo antes de que pudiese olvidarme del asunto con mi madre. Me preguntaba por qué ese chico me estaba tocando.

—Ah, gracias... Eh, Alex tengo que estar sola para pensar en las cosas... Estaré bien.

Alex soltó mi brazo y se quedó ahí parado.

—Hmm, bueno, de hecho esperaba que los dos nos pudiéramos quedar aquí por un momento hasta que todo calme. Se vería un poco extraño si entro yo sólo sin decir nada y sin ti después de que los dos fuimos los que salimos.

—Hmm, bueno, entonces, nos quedaremos los tres aquí fuera. Yo, tú y ese hombre que nos está mirando al otro lado de la calle. Me siento incómoda.

Miré al hombre en frente nuestro; nos miraba en una forma extraña.

—Ja, ja, eres graciosa; honestamente no pensaba que fueses de esa forma.

—Sabes Alex; creo que nadie me conoce realmente. ¡Pero es eso lo que me pone tan mal! Se toman un segundo para mirarme e inmediatamente juzgarme antes de tomarse un maldito minuto para darse cuenta de quién soy en realidad. Entiendo por qué eso pasa a veces, ya que mi expresión y mi imagen parecen traicionar lo que en realidad soy. Es decir, no soy sociable. No como... tú sabes... no como Amaia.

—Si quieres que tu madre pare con eso de compararte con tu hermana y tratarte mal, tienes que pararlo tú misma. Para de compararte con Amaia. Las dos son diferentes personas que no se pueden comparar. Sería como comparar el sol y la luna. Y no digas que nadie te aceptaría tal y como eres; eso no es cierto. Yo no te he conocido tan bien aún, pero de hecho me gusta tu forma de ser. Y sé que no sabes mucho de mí, es más, debo ser un completo extraño para ti: pero cada vez que te veo... no sé. Siempre quise conocerte. Me pareces distinta. ¡Me gusta como eres!

No sabía si Alex estaba diciéndome que sentía alguna atracción por mí; por lo menos, eso me parecía. Lo cierto es que me agradó lo que me dijo y me sentí tranquila y dispuesta a continuar hablando con él, así que le dije lo que pensaba:

—Yo sé que Amaia y yo somos completamente diferentes, pero no puedes evadir la verdad. Yo sé que yo

misma no puedo. He tratado tantas veces. Ella es mi hermana y la quiero a mi propia manera, pero su vida parece ser mucho más importante que la mía. La gente que conoce, toda la ropa tan genial que compra, su increíble pelo, el amor que recibe por parte de mi madre...

—¿Sólo no entiendes, verdad? Sofía, tu estás hablando de esto como si fuera que tú tuvieses que ser la sombra de tu hermana. Como si cualquier cosa que ella reciba o logre en su vida siempre será mejor que lo que tú hagas. Es decir, ¡mírate! Tú sólo escondes esas cosas que la gente debería ver, como tu personalidad, tu sonrisa... Sólo sé tú misma. Con eso es más que suficiente. Y para ya de pensar qué es lo que ella tiene y tú no. Los dos sabemos qué es lo que ella tiene, así que no es necesario que estés al tanto de esas cosas; tú tienes tu propia vida, ¿no es así? Así que para de competir con ella, no te rebajes jamás.

—Pero Alex, ¿cómo puedo siquiera pretender que tengo mi propia vida si la de ella causa que la mía sea miserable e invisible constantemente, hasta para mi madre? Yo sé quién soy, pero es como si no quisiera ser yo misma. Ahora no soy feliz de lo que soy... ¿Cuál es el punto en ser yo misma si muchas veces me ponen de lado? Y su personalidad también me llena de rabia, ¿puede ser alguien tan perfecto?

—No habrá nunca ningún punto en ser como eres si no estás feliz contigo misma. Mira, tienes que empezar a quererte y entender esas buenas diferencias entre ustedes dos, esas cosas que te hacen ser como eres, So-

fía. Incluso, yo he notado que no eres como ella. Cuando la veo, la veo tan creída; es decir, tal vez no lo sea, pero eso lo puedo notar por cómo camina, cómo se ve durante horas en el espejo y cómo le habla a la gente: como si ella fuese la persona más importante con la que puedes hablar en tu vida. Eso me hace pensar que es algo falsa. ¿En realidad prefieres ser eso?

Enseguida, tocó mi mano, y luego la puso encima de él, suavemente.

—He llegado al punto en el que no sé qué prefiero. La gente la quiere más que a mí por alguna razón. Nunca me entienden y nunca vienen a mí, siempre van hacia ella y le dicen lo hermosa que es. Y la verdad, no me gusta mucho su forma de ser, porque actúa como si no hubiese nada más importante que ser atractiva pretendiendo tener una vida perfecta. ¿Pero por qué eso la hace mejor? Ya que eso me lo han mostrado todos al rechazarme y pensar que soy «rara» en comparación con ella... Eso duele.

—Sabes... podemos vivir la vida entera siendo dos personas que pasan desapercibidas alrededor de un montón de otros que sólo buscan ser notados ya que su objetivo en la vida es ese. Mira... —me susurró al oído— Sólo déjalo. Esto es lo que tú eres. No te preocupes por la vida de otro; la vida es demasiado corta para gastarla compitiendo con tu hermana o la gente que te rodea.

Su voz se iba tornando más sexy de lo que imaginaba. Se movió más hacia mí, y ya podía sentir su aliento y sus pestañas rozar mi rostro. Me estaba haciendo sonrojar. ¿Podía hacer esto? ¿Podía besar a Alex?

—Escucha... —lo empujé lejos de mí.

—¿Qué?

—Alex, estás entendiendo esto mal. Quiero estar sola. Perdón.

—Vamos, yo sé que no Sofía.

—Sí, sí quiero. Así que gracias por... tú sabes. Pero necesito pensar en algunas cosas y aclarar todo...

Me levanté de la banca y le pedí que por favor me dejara ir.

No sé por qué pude siquiera pensar que Alex podía hacer que toda esta situación mejorara. Necesitaba estar sola aún si eso significaba caminar sintiéndome desolada. No sabía a dónde diablos ir. Estaba caminado casi en círculos, pasando por las mismas aceras una y otra vez. Sabía que había arruinado la cena de mi madre y apenas llegase a mi casa su furia hacia mí no iba a ser muy placentera. Así que decidí llamar a Laura.

—Hola, Laura.

—Ah, Sofi, eres tú. ¿Qué pasa? Es la una de la mañana.

—Ya sé que es tarde, sólo llamaba para preguntarte si puedo quedarme esta noche en tu casa. Te explico apenas llegue. O sea, si piensas que está bien.

—Hmm... Sí, claro que puedes venir. Sólo apresúrate, mis padres están fuera y estoy cuidando de mi hermano Simón; así que ven antes de que lleguen y comiencen a preguntarte cosas...

—Está bien. Nos vemos ahí.

Mientras me acercaba a la casa de Laura, seguía llorando. Las lágrimas aún bajaban descontroladamente

por mi rostro. ¿Qué rayos me pasaba? Me sentía tonta, y desamparada más que nada. Había dos llamadas perdidas de mi mamá en mi celular, pero estaba tan molesta que no iba a llamarla. No podía sólo llamarla y disculparme si no había hecho nada malo, se lo merecía. No podía culpar a mi hermana; como siempre, no había hecho nada en contra mío, aparentemente.

—Ven, ¿estás llorando? —gritó Laura.

—¡No, estoy completamente feliz ya que mi vida es tan perfecta!

—Ya, entiendo. Entra.

La casa de Laura era muy linda. Tenía ese olor que no era ese a viejo que tiene mi casa como si los muertos hubiesen vivido ahí, pero era agradable y acogedor. Siempre me daba una sensación grata estar ahí cada vez que iba. Sus padres no estaban, así que estábamos sólo Laura, Simón y yo.

—Laura, ¿está bien si me quedo?

—Supongo, ¿tu madre no sabe nada de esto, cierto?

—Eh, no, no sabe, pero prometo llamarla a primera hora mañana.

—Puedes quedarte, querida, siempre que me expliques qué pasó.

Subimos por las gradas. Saludé a Simón, que me ignoró totalmente porque estaba jugando Wii. Laura cogió su maleta y la puso en una mesita que tenía al lado de su cama.

—Así que, ¿qué pasó?

—Odio todo. Odio a mi madre antes que a nadie, porque me hace quedar como una total estúpida en la

casa de los López al decirme que siempre le hago las cosas difíciles. Sé que lo dijo porque estaba nerviosa en frente de ellos, pero no es una justificación. Laura, me odio a mí misma por no besar a ese chico...

—Wao, wao, wao, para ahí mismo... ¿te refieres a besar a tu vecino?

—Sí, a Alex, el chico de la banda de rock al que vimos en el jardín de atrás con sus amigos cuando salimos a comprar helado el otro día y te dije que no sonaban mal; es decir, su música era bastante pegajosa. Pero aparte de eso, nunca había notado cómo era... nunca había notado sus ojos verdes... y la forma en cómo sabe siempre qué decir... Me hizo sentir mucho mejor debido a lo que sucedió con mi madre, y todo pasó mientras estábamos afuera. Intentó besarme.

—¿Cómo es que no lo besaste? Sofi, él está muy bien... No me digas que no te diste cuenta mucho antes.

—Sabes que no me fijo en esas cosas cuando conozco a alguien. Y sí, debí besarlo pero no tuve las agallas. No soy buena para esas cosas, simplemente no salen naturalmente de mí... Casi lo hago, pero me fui para un lado. Además apenas y hablé con él por primera vez y no se sentía correcto...

—Sí, supongo que te acobardaste un poco, eso pasa; pero, de todas formas, no era el momento indicado para hacerlo. Es decir, habías peleado con tu madre y ¿qué hubiese pasado si salía y te veía?

—Hmm, no lo sé... Me fui antes de que saliera.

—Y ahora estás aquí. Ahora sí lo entiendo.

—Te juro que la voy a llamar, sólo déjame pensar en qué le voy a decir. Obviamente tengo que disculparme, como siempre... Incluso si no hice nada. Lo único que hice fue defenderme.

—Sé que lo hiciste; ahora para de sentirte tan mal, tu vida no es tan terrible como la pones. Relájate un poco y anda a dormir ¿está bien?

CAPÍTULO 7

AL SIGUIENTE DÍA ME SENTÍA MUY CANSADA. La anterior noche había sido... extraña. Mi mamá llamándome una «problemática», Alex intentando besarme, y yo corriendo desesperadamente hacia la casa de Laura... Todo eso. Me sentía fuera de lugar cuando me levanté y vi que Laura no estaba en su cama. Así que me paré y la llamé.

—¿Laura?

—Querida, no sabía que estabas aquí, también estaba buscando a Laura —dijo su mamá en un tono muy caluroso.

—Señora Cruz. Hmm, lo siento por no haberle preguntado si podía quedarme pero Laura dijo que estaba bien si venía un poco tarde, ya que mi mamá me

pasó dejando después de una cena. Quería conversar con su hija.

—Ah, no hay problema. Ya sabes que para mí eres parte de la familia. Es decir, vienes más a menudo de lo que viene mi esposo. Sofía, eres bienvenida. ¿Por qué no te quedas para el desayuno?

—Gracias, lo haré. Sólo voy a llamar a mi madre para decirle que llegaré más tarde, estaré abajo enseguida.

La llamé y mi mamá no contestó, así que le dejé un mensaje: «Mamá, soy yo, Sofía, perdón por haber huido ayer en la noche, estaba algo molesta. No contigo, con la vida, como siempre. Así que te veré en la casa, adiós».

Estaba pidiendo perdón, cuando en realidad nada de eso era mi culpa. ¿Por qué siempre tenía que disculparme? ¡Nunca voy a ser la persona que hace todo bien!

Desayuné rápidamente, solo con la señora Cruz porque a su esposo lo habían llamado de la oficina y Laura se estaba duchando. Así que decidí irme, no quería arruinarles el fin de semana. Laura me había contado que los domingos su familia visitaba a sus abuelos y normalmente salían a cenar. Así que opté por irme.

Mientras caminaba hacia el metro pasé por la calle de Serrano y recordé cómo había sido la primera vez que veía una calle en Madrid, cuando llegué de California. Pensé que era tan diferente a la anterior ciudad en la que vivimos. A pesar de que yo también había nacido en Madrid, como mi hermana, cuando mi mamá fue transferida a Sacramento, yo no me daba cuenta de nada aún. Era demasiado pequeña para notar cómo se veía

la ciudad en la que nací. Y cuando llegué, con seis años de edad a Madrid, pensé que esas calles eran tan amplias y llenas de gente que siempre estaba de apuro, como si hubiese un lugar al que tenían que llegar urgentemente. Más que nada, me sentía perdida. Pero ahora, después de diez años, me ha empezado a gustar Madrid. Ahora, me encanta ver a la gente caminando por las calles y tratando de llegar a alguna parte.

De repente vi un rostro familiar en la cafetería. Lindo pelo, una bolsa *Gucci*, y una camiseta azul marino... Era Amaia.

Me acerqué y primero pensé en preguntarle qué hacía allí, pero enseguida pensé que sería mejor si tan solo me sentaba en una mesa cerca y la miraba por un momento. No pasaba nada y ya habían transcurrido veinte minutos. Estaba leyendo un libro, que no pude descifrar cuál era, pero nadie llegaba a verla. No podía ser que sólo estuviese allí leyendo un libro cuando acostumbraba a salir con todos sus amigos los domingos.

Estaba empezando a cansarme de esperar tanto, cuando alguien llegó. Vi parquearse un BMW frente a la cafetería y Amaia miró para arriba. ¡Era él! ¡El chico misterioso! —Estaba casi segura de que era él— Usaba una chaqueta blanca, gafas, esas típicas *Ray-Ban* de las películas de policías. Era alto y apuesto. Su pelo era corto y se movía con el viento. No era exactamente mi tipo, ¿pero quién era? De todas formas sí entraba en la categoría del tipo de chico con quien Amaia saldría. Seguí mirando. Él estaba sentado en la mesa. Mi hermana trató de levantarse pero le dijo que no lo hiciera. O tal vez

no, no estaba segura qué decían, así que tenía que usar mi imaginación nada más. Se miraron entre sí y se abrazaron. ¿Qué rayos pasaba?

Hablaron y hablaron por unos veinte minutos más, y yo ya estaba pensando en irme pero como siempre mi curiosidad le ganó a lo inmoral de no respetar la privacidad de mi hermana. Pero, de pronto, el tipo tomó un documento y pidió que ella lo firmara, lo cual hizo inmediatamente, sin detenerse a leerlo. Sus ojos brillaban de una forma que nunca había visto antes, estaba tan feliz mientras miraba al extraño. No podía verlo porque estaba de espaldas, pero supongo que le habría dicho algo porque estaba sonrojada. Sí, sabía que ese extraño era el tipo que yo me había preguntado quién sería desde la fiesta de Navidad. Pero nada tenía sentido. ¿No estaba Amaia saliendo con Sergio? ¿No se supone que este tipo debía ser diferente? Por lo menos comparado con lo rara que fue su carta, él no estaba mal. Pero aún así, no entendía. Me fui antes de que me viesen. Sabía que Amaia se enfadaría mucho si me atrapaba espiándola mientras hablaba con ese tipo. Así que me fui a la casa y en el camino tuve tiempo de pensar un poco en algunas cosas que simplemente no tenían sentido para mí.

Tomé el metro a Diego de León, la calle en donde estaba mi casa. Era una calle hermosa, siempre pensé que lo era. Estaba llena de árboles en las esquinas y había un bar que sólo abría a la 1:00 a.m. los viernes y los fines de semana, pero yo nunca había ido. Había una señora que siempre estaba recogiendo la basura de

todos los edificios en un carro de supermercado; creo que no tiene un hogar y sólo paseaba por ahí recolectando basura y durmiendo en la esquina de la calle encima de una pila de papeles que recolectaba. Siempre la saludaba, ella era una mujer amigable. «Hola Tanya», le dije cuando la vi recogiendo unas cosas de la basura de mi edificio. «¿Nunca botan nada bueno aquí, cierto?», me preguntó en un tono de reclamo.

—Bueno, no siempre. Pero si miras más cuidadosamente puedes encontrar unos CDs de los Moreira y puedes tratar de venderlos o algo. Ellos son dueños de una compañía de CDs y los botan nuevos, así que aún sirven. Se cansan de las cosas muy rápidamente. No puedo pensar en nada más que pueda servir dentro de esos tarros.

—Los buscaré —dijo Tanya—. Gracias por el consejo, te veré por ahí. —Y regresó a su difícil tarea de buscar algo servible en una pila de basura que muchos de nosotros ni siquiera pensamos tendría algún uso luego de ser dejada fuera del edificio.

Tomé el ascensor y subí a mi departamento en el piso cuatro. Rogué que mi madre no estuviese en casa porque no estaba con ánimos para explicarle por qué me había demorado tanto en llegar y en disculparme por mi comportamiento. Sólo pensar en eso me ponía mal. Pero estaba ahí. ¡Oh, no!

—Huh, así que viniste un poco tarde. ¿Alguna excusa que quieras darme antes de que yo continúe?

—Sí... Em... O tal vez no. Sabes qué, mamá, ¡no me voy a disculpar por cualquier cosa! Tú deberías hacerlo.

Tú fuiste la que me dijo que siempre hacía todo difícil para ti. ¿Lo decías en serio?

—Sofía, sé que a veces no nos llevamos bien como deberíamos y que somos diferentes, y sí, lo dije y lo siento. Pero tú también saliste corriendo de esa forma que me hizo quedar como la madre más irresponsable y los López también pensaron lo mismo. Tu hermana y yo nos sentimos tan mal por la manera en la que nos miraron toda la cena y no decían nada, así que preferimos irnos. Quiero que sepas que no fue muy agradable para nadie después de que te fuiste.

—Sí, mamá. Lo siento, tienes razón. Me disculpo y hablaré con los López algún día y todo estará bien.

—Sí, eso espero.

Y continuaba limpiando la mesa como lo había hecho ya durante varios minutos; no sé cómo su brazo no le dolía. A veces le digo que es «súper mamá» porque hace dos o tres cosas al mismo tiempo y no se queja.

—¿Y, mamá?

—¿Sí? —miró para arriba mientras seguía limpiando la mesa.

—Gracias por disculparte, casi nunca lo haces. Gracias.

Casi la llamo Ruth, ya que una vez nos contó que secretamente se sentía mucho más joven cuando la llamaban Ruth. Se quedó parada y quieta. Mientras iba a mi cuarto me di vuelta lentamente y la atrapé sonriendo. Eso me hizo sonreír también. Era lindo llevarnos bien, para variar.

CAPÍTULO 8

NO SE QUÉ HORA SERÍA, PERO ERA MUY TARDE en la noche cuando escuché unos golpes en la puerta que me sacaron de un sueño que no recuerdo. Estaba tan cansada que deseaba que se callaran, pero seguían tocando y mi madre no se levantaba. El ruido me volvía loca así que tuve que levantarme y abrir la puerta. Quien quiera que estuviese afuera iba recibir lo peor de mí.

—¿Quién es? Es tarde mejor váyase y regrese mañana. La gente normal como nosotros está durmiendo a estas horas, ¿saben...?

Abrí la puerta y vi a mi hermana en el piso contra la pared con su maquillaje desvanecido en toda su cara. Se veía terrible, devastada, y yo estaba sorprendida porque nunca la había visto así.

—¡Amaia, Dios mío! ¿Estás bien?

La tomé del brazo y la levanté. Seguía golpeándose en la pared, así que no podía dejarla caminar por sí misma. Yo estaba aterrada, se veía muy mal.

—¡Déjame sola! Puedo hacerlo por mí misma. ¡Ándate! —gritaba.

Seguía diciendo eso mientras temblaba y se tropezaba con todo. Yo sentía temor de que se cayera justo ahí. Estaba ebria, llevaba una botella en la mano, y olía terrible. Nunca había esperado algo así, jamás, que viniese de mi hermana. La imagen que tenía de la «perfecta señorita» desapareció inmediatamente. No puedo describir lo que sentí cuando la vi fuera de sí misma. En ese momento era todo, menos perfecta. Siempre había pensado que conocía a mi hermana. O tal vez sólo pensé que sabía cómo era.

Dejé de pensar en lo que había pasado y cómo debía reaccionar y sólo la hice entrar antes de que mamá la notara. Dejé la botella en el basurero del pasillo y la llevé adentro diciéndole que se estuviese callada porque, si no, las dos estaríamos en grandes problemas si mamá se levantara y la viese así. Pero Amaia seguía quejándose y no aceptada el hecho de que estaba ebria y no sé si en realidad no se daba cuenta o si sólo quería que yo lo creyera. De todas formas, pasamos por la sala de estar sin ser notadas, pero en el corredor el zapato de Amaia se cayó y, en medio de todo ese silencio, retumbó en el piso.

—¿Sofía, eres tú? —susurró mi mamá desde su cuarto.

—Em, sí mamá, soy yo, perdona. Estaba cogiendo un poco de leche; ya me voy a dormir. ¿Está bien?

—Está bien. Buenas noches.

Mi mamá estaba tan cansada que ni siquiera me preguntó sobre Amaia, así que estábamos bien. Finalmente llegamos a su cuarto y la recosté en la cama. Le saqué la camiseta que, de todas formas, estaba ya casi afuera, también sus zapatos y le puse su pijama. La cubrí con las cobijas. ¡Qué espantosa se veía! No supe decir más que:

—Bueno, duerme bien. Buenas noches.

Y me fui. Pero, mientras salía del cuarto y cerraba la puerta, murmuró:

—Sofía, sé que mañana tal vez ya no recuerde nada de esto, pero gracias por haberme ayudado. Buenas noches.

No pude dormir durante largo tiempo esa noche. En pocas horas ya era de mañana y me desperté por el sonido de la máquina del café y mi mamá cantando en la cocina. Usualmente adoraría escuchar ese sonido y a mi mamá cantando y preparando crepes para el desayuno, pero esa mañana en especial no me entusiasmaba la idea. No quería levantarme, sólo quería dormir y no ser despertada por nadie. Pero tenía que hacerlo y esperaba que mi mamá no hubiese notado todo lo que pasó la noche anterior. Lo cual parecía haber sido un sueño. Tampoco quería ir a la escuela. ¿Ya saben cómo son esos días en donde no quieres hacer absolutamente nada, sólo estar tranquila en tu cama y olvidarte de todos tus problemas? Eso me pasaba muy a menudo. Pero de

todas formas, salí de la cama y entré en la ducha, tomé la toalla, me sequé y me puse mi uniforme. Odiaba el uniforme, me hacía ver como una niña tonta. Era todo azul, el cual es un color «neutral», con una camiseta blanca y una chaqueta azul oscura. Era el mismo para hombres y para mujeres. Salí de mi cuarto. Amaia estaba sentada en la mesa del desayuno mientras mi madre preparaba jugo de naranja. «Buenos días, mamá», dije. Miraba a Amaia indiferentemente, virando mi cara para un lado. Había silencio en la mesa. Era como si la anterior noche nada hubiese sucedido y fuera éste un día normal.

—¿Hola, Sofía, dormiste bien? —me preguntó mi hermana.

—Sí, lo hice. ¿Mamá, puedo coger una tortilla?

—Claro, cariño —dijo, pero parecía estar un poco agitada. Incluso nerviosa.

—¿Está todo bien mamá? —le pregunté.

—Uhum, todo está bien. Niñas coman rápido o llegarán tarde al autobús.

Y llegamos tarde. Bajé y escuché al bus yéndose por la esquina donde lo esperábamos normalmente. Decidimos no correr tras él porque no serviría de nada, el chofer nunca esperaba a nadie. Así que mejor optamos por caminar, nuestra escuela no estaba lejos de casa, de todas formas. Estábamos caminando juntas pero ni una palabra salía de ninguna de nosotras. Yo seguía mirando a mi derecha y viendo a los carros pasar y la gente dentro de ellos. De pronto, Amaia dijo:

—Te dije que no, pero sí lo recuerdo.

—¿Recuerdas qué cosa? —traté de pretender que no entendía para que parase de hablar.

—Ayer en la noche. Estaba tomada, sí. Sé que estás decepcionada... Pero no fue lo que parecía.

—Entonces, ¿qué fue lo que pasó Amaia? ¿Si no fue lo que parecía? ¿Huh? Estabas demasiado ebria como para por lo menos levantarte por tus propios medios; ¡tuve que cargarte hasta tu cuarto! ¡Y continuabas diciéndome que te deje en paz!

—Lo siento, ¡está bien! ¿Era eso lo que querías escuchar? No te interesa ninguna explicación que yo tenga que darte, sólo te preocupa lo que tiene que ver contigo, ¡como siempre!

Me miró con rabia.

—Huh, ¿yo? ¿Te refieres a mí? ¡Anda y míentele a alguien más, Amaia! Y sí quisiera escuchar tus explicaciones, si es que tienes algunas, porque creo que nunca en toda mi vida pensé verte en esas condiciones. Nunca.

—Ayer en la noche, al salir de un bar con mis amigas, conocimos a unos chicos afuera; eran como cinco. Nos pidieron que nos quedásemos por un momento, a beber algo con ellos y a conversar un poco. Yo no quería quedarme porque tenía que levantarme temprano al colegio hoy, pero una de mis amigas aceptó la invitación y así entramos todos de nuevo.

—¿Con un grupo de tipos que conociste apenas esa noche —pregunté alarmada.

—Sí. Entonces nos sentamos en una mesa y la una bebida, se convirtió en dos bebidas, luego tres, luego cuatro y bueno... captas la idea. Uno de los chicos me

ofreció llevarme a casa; entonces acepté y no me fijé que ya era muy tarde. Luego pasó que abriste la puerta y todo lo demás.

—¿Amaia, en serio, crees que me voy a creer todo esa porquería? Tienes que esforzarte más.

—Es la verdad, Sofía, ¿por qué no me crees? Yo no bebo mucho y es posible que quisiera rebelarme o algo en ese momento. Entonces, sí, todo eso pasó y me emocioné un poco y tomé mucho. Lo siento si tuviste que lidiar conmigo ayer. No volverá a pasar ¿está bien?

Dejó de mirarme en cuanto dijo eso; creo que quería que todo terminase.

—Mira, no voy a volver a cuidar de una borracha otra vez, ¿me escuchaste? No puedo creer que hiciste eso. Es decir, es de ti que estamos hablando. Tal vez si fuese de mí no estaría diciendo esto.

—Claro que no, yo sé. Bueno, solo me dejé llevar por el momento ¿está bien? Dije que no volverá a pasar, así que olvidémonos de esto y sigamos caminando.

—Es sólo que me molesta...

Traté de seguir diciéndole lo molesta que estaba porque usualmente era a mí a quien decían siempre todas esas cosas, porque actuaba mal, y estaba muy bien cambiar puestos de vez en cuando.

—Pero, Sofía, una última cosa... Por favor no se lo digas nadie. Por favor, Sofía, no quisiera soportar que la gente sepa lo que pasó, porque es muy personal y además no pasará de nuevo. Nunca tomo mucho, sólo que esa fue una noche extraña. Así que no digas una sola palabra ¿sí? —me dijo y sonaba nerviosa, lo cual indi-

caba que en realidad moriría si alguien se enterase por mí, lo cual no iba a pasar. Yo nunca hacía ese tipo de cosas para chantajear a alguien y arruinar su reputación. Pero no creía totalmente en todo lo que me dijo. Recuerdo que su cara se veía pálida, no como si hubiese estado con chicos divirtiéndose en un club. Hasta parecía algo bajoneada. ¿Pero qué más pudo haber pasado? No podía pensar en otra razón. Aún así, creía que lo que me había contado ya era malo.

CAPÍTULO 9

QUIERO SALIR DE AQUÍ LO MÁS PRONTO.

Laura me estaba contando que su familia planeaba ir a pasar sus vacaciones en París en el verano.

—Yo también quisiera visitar París; me han dicho que es una ciudad muy cultural con varios museos y, bueno, la Torre Eiffel. Imagínate la vista desde ahí arriba, debe ser impresionante.

—¡Sí, claro que debe ser! Por eso ya quiero terminar este año lo más rápido para poder disfrutar del verano ahí. Me han dicho que los besos franceses son mágicos. Bueno, que en realidad todo ahí es mágico.

—¿Y crees en eso? Ja. Bueno, la menor razón por la que fuera a París sería para besar a un chico y saber si es mágico. Debe haber más que eso ahí, estoy segura.

—Lo sé, pero de todas formas, ¿por qué no hacerlo? Sería toda una aventura y yo quiero tenerla. Oye, me ibas a contar qué pasó cuando regresabas a tu casa el otro día después de dormir en la mía.

—Vi a Amaia en la cafetería sola, pero de repente un tipo, tal vez de veinte años o más, definitivamente mayor que ella, se acercó, hablaron y le hizo firmar algo.

—¿Firmar algo? ¿Qué?

—No estoy segura, no pude ver nada, estaba en la parte de atrás, lejos de ellos; apenas podía ver en Amaia esa mirada, ya sabes, la que pone cuando le gusta alguien.

—¿En serio? ¿Y quién piensas que es este chico, el de las cartas?

—Me imagino que sí ya que en la carta *sonaba* como que fuese mayor, y nunca lo había visto antes. Pero me fui porque no podía escuchar nada. Esperaba poder preguntarle sobre él pero esa misma noche que lo iba a hacer llegó a la casa en mal estado. Estaba ebria, con una botella en mano.

—¿Qué? ¿Tú hermana? ¿Ebria? Bueno, ahora sí voy a admitir que algo en realidad está pasando. ¿No la vio tu madre?

—No, tuvimos mucha suerte. Pero casi nos descubre porque el zapato de Amaia se cayó y la despertó pero no pasó nada porque se volvió a dormir enseguida. Fue la primera vez que la he visto tan tomada. No fue muy agradable la experiencia. Se veía y olía terrible. Fue inesperado y sorprendente.

—Yo sé; además, es tu hermana, la perfecta Amaia, la que no bebe en ninguna celebración, ni nunca. Siem-

pre dijo que ver a una mujer tomada es peor que ver a un hombre en esas condiciones, porque las mujeres se ven patéticas e inservibles. ¿Recuerdas cuando nos lo dijo esa vez que salíamos a una fiesta? ¿Cómo es que cambió de parecer tan rápido?

—Toda esta situación con ella me tiene con los nervios de punta. Sabes, algo está pasando. Hoy, mientras caminábamos a la escuela, porque llegamos tarde al autobús, le estaba preguntando qué fue lo que pasó y me dijo que conoció a unos chicos y que estaba muy emocionada y accidentalmente tomó mucho.

—Eso no parece de ella.

—Definitivamente no, yo sé que no es así. Pero no me quiso decir qué era. Aunque tal vez sea mejor mantenerme al margen del asunto y no me voy a involucrar en sus problemas.

—¿Así que te das por vencida? No puedo creer que te rendiste tan fácilmente. Apenas te conozco Sofía.

—Sí, tienes razón. No fue en serio lo que acabo de decir. No puedo, soy muy determinada como para rendirme. Pero es difícil si ella no me lo quiere contar.

—Sí, pero no es imposible. Si te preocupas por ella, entonces lo harás.

—¿Preocuparme? No lo pongamos de esa manera, no me preocupan tanto sus problemas, es sólo que... me da curiosidad.

Estábamos en la entrada de mi casa cuando escuchamos el sonido de una patineta atrás nuestro.

—¡Alex! No te vimos venir hacia acá. Hola —dijo tímidamente.

—Hola chicas. ¿Cómo están? Estoy yendo por aquí en mi patineta, pues mis amigos me están esperando en la calle detrás del parque, ¿quieren venir? —nos preguntó muy amablemente. Era tan amable...

—Hmm, no, Alex. Perdona pero estamos muy ocupadas esta tarde. Estamos trabajando en un proyecto de biología y seguramente no acabaremos hasta mucho después...

—Pero gracias de todas formas; ¡ya veremos si vamos en unas horas! —Laura me interrumpió.

—Está bien chicas, las veré luego, diviértanse haciendo su cosa de biología. Adiós.

Subió en su patineta y se fue igual de rápido que un carro de carreras.

—¿Por qué le dijiste que estaríamos ahí en unas horas? —le grité a Laura.

—Porque quizás deberíamos, sus amigos son muy apuestos, él también. Pero él es tuyo.

—¿Mío? No, no lo es. Pero bueno, sí es apuesto.

En realidad sí era apuesto. Siempre usaba ropa de marca *Billabong* que le quedaba excelente. Usaba un par de *Ray-Ban* que no dejaban ver sus ojos pero eran un poco azules con verde si es que los veías de cerca. Yo los había visto esa noche en su casa. Y su olor, había olido colonia esa noche. Era el tipo de aroma que automáticamente te recuerda a esa persona cuando lo hueles.

—Entonces, ¿vamos? —me preguntó Laura abruptamente, trayéndome de nuevo a la realidad.

—No los conozco bien, no estoy segura; sólo lo conozco a él y hemos hablado apenas. Ya veremos.

No teníamos nada más que hacer; estábamos comiendo Ben & Jerry's mientras veíamos *Gilmore Girls*, la última temporada, por quinta vez ese mes.

—Te lo dije, tenemos que salir a donde esos chicos o si no estaremos aburridísimas.

—No, no lo estaremos. Me encanta ver esto.

—¿El mismo episodio por quinta vez en el mismo mes? Vamos...

—Ya, bueno, está bien. Estamos demasiado aburridas, ¿cierto? Pero Laura, no sé si pueda. ¿De qué vamos a hablar? No voy a ir a hablar de mi madre otra vez con Alex.

—No te preocupes, pasará como tenga que pasar, no tienes que planear nada. Vamos.

En realidad yo sí quería ir, pero al mismo tiempo no, porque siempre era tan tímida. Odiaba eso de mí.

Caminamos hasta el parque y empecé a sentirme mareada.

—Laura, no puedo. No puedo hacerlo.

Y empecé a irme para atrás.

—Ay, vamos, ¡ya para! Vas a venir y no voy a dejar que te vayas.

—¡Hola! —gritó Laura cuando estábamos frente a todos ellos, siete u ocho mirándonos sólo a nosotras.

—¡Sofía, viniste! ¿Cómo así? ¿No se supone que su trabajo ese iba a durar toda la tarde? —dijo Alex retóricamente.

—Terminamos antes, resultó que no era tan largo —dije sintiendo desesperación por huir en ese preciso momento.

—Pues bien. Ven Laura, ¿quieres aprender algunos trucos en la patineta? ¡Pedro! Ven, ella quiere aprender.

—Claro, suena divertido.

Laura estaba ya totalmente ocupada con Pedro y fueron los dos con el resto de chicos al otro lado del parque, dejándonos a mí y a Alex completamente solos.

—Entonces, ¿cómo va todo? —me preguntó como si no hubiese nada más de que hablar.

—Bien —le dije mirando a mis pies.

—Hmm, ¿en serio? ¿Por qué no me miras, soy tan repulsivo? ¿Ah?

—No, quiero decir que... ¿A qué te refieres con en serio? ¿No me crees?

—La gente no siempre dice «bien» refiriéndose a que en realidad están bien; casi siempre significa que no quieren decirte qué les pasa.

—No es eso. En serio, estoy bien. No perfectamente bien, pero bien.

—Está bien, estamos mejorando. ¿Qué es lo que no te permite estar perfectamente bien? —preguntó muy lentamente mientras los dos nos sentábamos en una banca.

—No soy muy buena en esto —le dije tratando todavía de esquivar su mirada—. Para mí es complicado hablar de lo que me pasa con la gente, muchas veces me lo guardo para mí misma, y esa vez en tu casa, no sé por qué tuve tanta confianza, pero no hablo con todos sobre las cosas que me pasan; lo siento.

—Pues si ya me tuviste confianza una vez, puedes de nuevo. Quiero decir que a veces puede ser que al-

guien te ayude con cosas que tú sola no puedes resolver. Necesitas empezar a creer y a confiar en la gente. Sabes, yo antes no era tan sociable como soy ahora. No le contaba a nadie de mi vida. Y dos años antes mi hermano murió de cáncer. Me sentí muy mal. Estaba tan deprimido ya que nos llevábamos muy bien. Él tenía un año más que yo y era la única persona que en realidad me entendía. Me sentí solo después. Entonces entendí que necesitaba de un amigo, alguien en quien pudiera confiar y contarle cómo me sentía. Simplemente alguien que me escuchase. Y, pues, no conseguí sólo uno, sino algunos y me han enseñado que la amistad es algo fuerte e importante en mi vida, no solo porque me hacía sentir más seguro de mí mismo, sino también más humano. Y te ayuda a sobreponerte de los altibajos en la vida.

—No sabía que tu hermano había muerto... Lo siento mucho, Alex —le dije mirándolo a los ojos por primera vez en esa tarde.

—Lo extraño cada día, y cada mañana que me voy para el colegio paso por su antiguo cuarto y veo todo como solía ser. Nada ha cambiado, solo el hecho de que él ya no está. Trato de imaginarlo gritando desde la ducha que cierren la ventana porque se congelaba. Siempre lo decía. Pero estoy muy bien, ¿sí? Ves, ya te hablé sobre mí, ahora te toca a ti.

—Bueno, trataré: me preocupa mi hermana —le dije esperando no haberme al contárselo.

—¿Amaia? ¿Por qué?

—La vi el otro día con un chico que jamás he visto antes y que parecía ser mayor que ella y, bueno, hay al-

go que no me gustó de él, como una mala vibra. Y ayer en la noche llegó ebria a la casa por primera vez.

—¡No! ¿De verdad? ¿Y te dijo algo sobre qué pasaba?

—No, no pude preguntar, estaba muy tomada. Pero al otro día traté de escuchar su explicación sobre lo que sucedió pero no tenía sentido. Dijo que había estado bebiendo con unos tipos que conoció en un bar. Pero ella no es así. No le creí.

—Pero y ¿qué si es la primera vez que hace algo como eso? Sabes, siempre hay una primera vez para todo.

—No, ella no es así; no haría algo así jamás. No estaría ahí tomando con unos tipos que conoció recién. Es sólo que existen muchas cosas que no cuadran en su historia. Pero se niega a contarme y no puedo hacer nada al respecto.

Estaba impresionada por lo abierta que pude estar con Alex. Días antes había estado algo más tímida, pero en ese momento me sentí tranquila conversando con él.

—Sí, suena extraño, pero, ¿por qué no sigues insistiendo? O, no sé, espíala.

—No lo sé. Es decir, es mi hermana y está en todo su derecho de tener su privacidad. Pero sospecho que algo más pasó y que no es muy bueno para ella. Trataré de hablar con ella de nuevo hoy en la noche.

—Sí, haz eso, y si no funciona considera el espiarla, ya que esa es tu última manera de saber qué pasa, si realmente quieres saberlo. Tal vez sea algo grave o tal vez nada, pero tienes que ver qué pasa, si no, no te dejará en paz la duda.

—Lo sé. Gracias por los consejos. Está ya muy tarde y tengo que irme. ¿Puedes acompañarme a ver a Laura?

—Sí, claro.

Caminamos los dos callados. Nunca pensé que cruzar por el parque tomaría tanto tiempo. O tal vez se debía a que ninguno de los dos decía nada. Hasta que Laura nos vio y dijo:

—¡Mira, Sofi! ¡Puedo hacer esto, sí!

Y me reí mientras la veía saltar por todas partes en esa patineta. De verdad que sabía cómo divertirse.

—Laura, es tarde, tenemos que volver a casa, ¿recuerdas?

—Ah, sí.

Se despidió de Pedro y de los otros que se despidieron también cordialmente y vino corriendo hacia donde estábamos Alex y yo.

—¿Ya le dijiste a Alex de la fiesta que tenemos esta noche? —me dijo mirándome e intentando decirme que debería invitarlo ya que teníamos un ticket extra.

—No. No lo hice, lo olvidé. Alex, hoy en la noche un chico de nuestro colegio va a dar una fiesta en el Casino de Madrid y va a ser muy grande, y todo eso. Mi hermana tiene un ticket extra. ¿Quieres ir? —le dije muy amablemente.

—Claro que sí. Me encantan las fiestas. ¿Quieres que pase por ti?

—Oh, bueno, sí. Nueve y treinta, ¿está bien?

—Sí, ahí estaré.

—Bueno, te veremos ahí, chico —dijo Laura mientras nos íbamos. Yo no miré para atrás pero Laura, que sí lo hizo, me dijo que Alex aún nos miraba mientras caminábamos. No le creí mucho pero esperaba que fuera cierto.

CAPÍTULO 10

ESTÁBAMOS EN EL BAÑO PREPARÁNDONOS PARA la fiesta. Yo llevaba puesta una camiseta negra corriente y unos pantalones blancos que había comprado en *Zara*, mi tienda de ropa preferida. Me sentía bien; siempre me había gustado usar cosas que me hicieran sentir bien. No esas camisetas que muestran casi todo tu pecho y provocan que los chicos no te puedan mirar a los ojos porque sólo miran en esa parte. Yo no me considero muy voluptuosa que digamos y, definitivamente, no quería que nadie me estuviera mirando esa parte de mi cuerpo. Laura era totalmente lo opuesto; llevaba una camiseta morada que parecía no una camiseta, sino un pedazo de tela que cubría apenas parte de su cuerpo y se veía todo su sostén. También usaba un mini short

negro que no se notaba mucho, por lo que parecía que no estuviese usándolo. Y bueno, según ella, ése era el punto de usar ese short.

A veces me pregunto por qué somos tan amigas. Nuestros gustos son muy diferentes en lo que respecta a chicos, y eso es bueno, porque significaba que jamás pelearíamos por el mismo. Pero ella es más sociable que yo, y más abierta. Es divertida, muy tranquila y agradable, y todos disfrutaban teniéndola como amiga. Tiene más amigos que yo. En realidad, ella es mi única verdadera amiga, a la que le cuento de mi vida y con la que paso la mayor parte de mi tiempo. Tiene más amigos que yo pero siempre me dice que prefiere pasar conmigo ya que nunca peleamos por chicos, o por quién usa la mejor ropa, ni nada de eso. Yo nunca peleo por esas cosas, soy tranquila y no me molesto tan fácilmente. Nunca he pretendido vestirme como una *barbie* en las fiestas como muchas chicas suelen hacer. Tampoco he pretendido tener el novio más atractivo para que me tengan envidia. No me importan esas cosas. Pero pasamos muy bien juntas. Nos reímos y compartimos muchas cosas. Su carácter me recuerda lo mucho que puede divertirse alguien cuando en realidad quiere hacerlo. Ella ama la vida.

—¿Me quedo con este collar o es mucho? —me preguntó Laura mientras se veía en el espejo. Sabía que quería que le dijera que se veía muy bien.

—Se ve fantástico, quédatelo —le dije mientras me ponía un poco de maquillaje en los ojos sólo para verme un tanto diferente a como me veía en días normales.

—Sí, pensé lo mismo, pero no estaba segura. Y los zapatos, ¿no son hermosos? —dijo, mostrándomelos.

—Sí, encantadores.

Ya empezaba a hartarme de hacerle tantos cumplidos sobre su atuendo y que ella no hiciera ninguno sobre el mío.

—Bueno, ¿estamos listas? Veamos por última vez.

Se dio la vuelta y llamó a mi hermana:

—¡Amaia déjame ver tu atuendo!

Amaia salió de su baño: se veía espectacular. Guapísima. Había peinado su pelo para atrás de una forma que se veía muy vivaz y brillante. Usaba un vestido corto con unas mallas negras hasta los tobillos. El vestido era blanco y usaba unos aretes plateados que se veían muy pesados. Los zapatos eran extremadamente altos, así que lucía aún más alta que Laura, que de por sí ya es bastante alta. Se veía impresionante.

—Estoy lista, ¡ustedes se ven tan lindas, chicas!

Detestaba cuando me llamaba «linda». Era como si me considerase una niña pequeña.

—Tú también —le dijo Laura un poco decepcionada, porque en comparación con todo el maquillaje que ella llevaba puesto, mi hermana no tenía nada y aún así se veía fabulosa y natural.

—Alex me escribió, está afuera —les dije y bajamos, pero apenas estábamos haciéndolo, vi a Alex en la entrada de mi casa. Mi mamá y él voltearon a vernos a las tres.

—Wou... te ves... wou... —dijo Alex en un tono sorprendido mirándonos, primero a mí y luego a Laura

y Amaia—. Es decir, ¡mírense las tres! Señoritas, se ven totalmente glamorosas. Vengan, traje al chofer y espera afuera. Gracias, señora...

—No, Alex, por favor, llámame Ruth, está bien. Bueno, diviértanse chicas, cuídense y regresen temprano.

Y nos dio un beso de despedida, incluyendo a Alex.

—¡Adiós! —dijimos todos juntos. Y mientras yo salía última por la puerta, Alex tomó mi mano y me susurró: «De las tres, tú eres la que más me gusta».

Eso hizo que me ruborizara mucho.

Cuando llegamos, todos los que querían entrar estaban en fila, entusiastas. Un guardia grandulón y enfadado nos dejó entrar cuando comprobó que nuestros nombres sí estaban en la lista de invitados. Por lo que pude ver, la lista era inmensamente larga. Imaginé a miles de personas adentro, como en efecto sucedió. Había unas chicas con disfraces haciendo gimnasia con listones e implementos por cada salón. Un lugar en el escenario apartado de la fiesta indicaba que alguna banda o alguien se presentaría más tarde. Pasaban comida mexicana y sushi. Había un bar en cada esquina y podías ordenar lo que quisieras. La fiesta estaba perfectamente organizada y arreglada. Sergio habría gastado mucho dinero para hacerla. Eso era de lo que él siempre hablaba. Sus fiestas eran las más famosas y populares en todo el colegio, todos los cursos, de grandes a pequeños, asistían.

—Mira, ¡ahí está Sergio! ¡Ay!, se ve demasiado bien —dijo Anne mientras nos dirigíamos a la pista de baile.

—Tenemos que saludarlo. Sería muy irrespetuoso no hacerlo —dije dándome la vuelta—. Vamos. Alex, ¿puedes ir a ver unas bebidas para Laura, Amaia... Oye, ¿dónde está Amaia?

—Acaba de irse a ver a sus amigos... —dijo Laura.

—Sí, seguro. Siempre hace lo mismo. Vamos, Laura, saludemos a Sergio. Alex, ¿puedes ir a buscar las bebidas y una mesa, por favor?

—Claro. Las esperaré justo ahí —dijo, y apuntó con la mirada hacia una esquina del salón donde servían las bebidas.

Laura y yo tratamos de buscar a Sergio y decirle que su fiesta estaba muy bien, como siempre.

—¡Oh, no lo puedo creer! —Laura apuntó a su derecha en donde estaba mi hermana con un chico recostados en un sofá.

—¡Es él! —dije—. ¡Laura! ¡Él es el tipo de la cafetería! ¿Qué diablos hace con mi hermana?

Me desesperé. Yo sabía que ese tipo no era confiable, o si no, ¿por qué Amaia ocultaba su existencia a todos? ¿Por qué?

—Cálmate, cálmate, Sofía —me dijo Laura, tratando de sostenerme.

Yo estaba demasiado molesta; no sabía bien por qué, pero estaba histérica.

—Si apareces de la nada así, tan molesta, los dos pensarán que estás loca. Además, tu hermana no sabe que abriste la carta ese día y piensa que nadie conoce nada de este tipo. No es una buena decisión; tienes que estar calmada. Resolveremos esto, sólo tranquilízate por un segundo y veremos qué hacemos.

—No puedo creerlo, Laura. ¿Cómo llegó él aquí?
¿Quién es él?

Amaia estaba sentada mirándolo. No podía descifrar qué clase de mirada tenía, pero no reflejaba ningún tipo de alegría. Él parecía aún más asustado o, no sé, enfadado quizás. Nunca había visto a Amaia ser dominada por nadie, ni por amigos, ni por sus profesores, ni siquiera por nuestra madre. Pero ahora, al verla con ese hombre, tuve la sensación de que no era ella la que tenía el control de la situación, sino él. Él era mayor que ella, pero había algo más en él que me disgustaba. Y ella estaba inmóvil e indiferente. Hubiera querido saber qué pensaba Amaia en ese momento, saber por qué tenía esa expresión tan indefinida.

—Sofía, ese tipo no tiene menos de treinta, lo juro, sólo míralo, no lo entiendo.

Laura se veía igual de preocupada que yo. Esto era tan extraño. Mi hermana, ¿enamorada de uno de treinta? No podía entender. Luego la vimos intentar levantarse pero él la tomó de la mano y le dijo algo.

—¿Qué está sucediendo? —dije mientras Laura se escondía detrás de un mesero.

Quería quedarme ahí, pero temí que nos vieran cuando el mesero se moviera, por lo que nos ocultamos detrás de unos parlantes.

—Mi espalda me mata. ¿Sofía? Oye, ¿dónde está Alex?

—¡Ay!, es cierto, ¡lo olvidé! Tal vez aún está esperándonos, o tal vez ya se fue. Olvidé que estaba aquí. Hmm... ¿debo ir a verlo?

—Sí, vamos las dos.

—No, ¿puedes ir tú? Dile que estoy ocupada con algo y que iré enseguida.

—Sofía, tú se lo tienes que decir. Vino a una fiesta en la que no conoce prácticamente a nadie, ni siquiera al que cumple años, y lo hizo sólo para estar contigo.

—Sí, creo que eso hizo. ¿Lo hizo, verdad? Ningún chico ha hecho eso por mí jamás. Espera, ya regreso.

Corrí a través de todo el salón pasando frente a todas las personas; las luces en mi cara reflejaban diferentes colores y me sentí mareada. Nunca me ha gustado el tecno, ni reggaeton o pop. Me gusta la música clásica más que nada, pero obviamente nadie pone ese tipo de música en una fiesta.

Buscaba a Alex, pero no estaba en ninguna parte. Empezaba a pensar que ya se había ido. Justo entonces sentí que alguien tocaba mi brazo. Tenía que ser él. Miré para un lado, y ahí estaba.

—Pensé que te habías ido —le dije sintiéndome un poco culpable.

—No, no me iría tan temprano, y además sé lo que te detuvo. Estabas viendo a tu hermana con ese tipo, ¿verdad?

—¿Tú los viste también? —le pregunté sorprendida.

—Sí, los vi cuando las buscaba a ti y a Laura y pensé en decírtelo, pero creo que ya estabas más que enterada —dijo—. Es su decisión; tal vez te lo iba a decir luego, no lo sé... —Él parecía confundido también.

—No voy a esperar hasta más tarde, ven.

Lo tomé de la mano por primera vez en esa noche y no lo noté hasta después de unos segundos. Tenía apuro y lo llevaba hacia donde estaba mi hermana. Encontramos a Laura.

—¿Dónde está? ¿Siguen en el sofá? —le pregunté.

—No, se fueron arriba hace un momento, pero no los he visto regresar aún acá.

—¿Arriba? ¿Qué hay arriba? —le preguntaba a Laura cuando Sergio llegó.

—¡Hola, hola! Chicas. ¡Pensé que no habían venido! Ninguna de ustedes vino a saludar al chico de la fiesta.

Puso su brazo alrededor del hombro de Laura. Estaba ebrio.

—Hola cumpleaños... —dijo Laura con la sonrisa más grande que he visto. Como si ese fuera el momento más especial en toda su vida.

—Bueno, chicos, los dejaremos solos —dije, y le guiñé el ojo a Laura.

Seguramente Laura ya lo tendría para toda la noche. Arriba había una sala más. Alex y yo subimos a ver si mi hermana estaba por ahí y la encontramos, sentada sola en el piso. Corrí hacia ella.

—¿Amaia? ¿Qué pasa?

La tomé de la mano y le vi el rostro. Sus mejillas estaban rojas y nuevamente su rostro estaba pálido y un poco hinchado en algunas zonas.

—¿Fue ese maldito, verdad?! ¡El que te hizo esto! ¡Lo voy a matar a ese idiota ahora mismo...! —dije exaltada.

—Espera —me tomó de la mano—, tengo que irme. ¿Bueno? Solo irme —dijo lentamente.

Sus ojos se llenaban de lágrimas mientras miraba desde donde estaba y me sentí terrible. Mi hermana estaba sufriendo y yo no sabía qué hacer al respecto.

—Nos iremos, sí. No te preocupes, no nos verá —le dije tranquilamente.

—Por favor —lloró—, no le dejes acercarse a mí, no le permitas.... no... —decía, quedándose sin aliento. Parecía que le hubiesen golpeado en el estómago y le doliera, porque no paraba de sujetárselo con fuerza y encogerse.

—No, Amaia, no le dejaré, ¡ven! Sólo anda por debajo de las escaleras y espera cerca del ascensor. Te veré ahí.

Empezó a bajar y mientras tanto yo fui donde estaba Alex.

—Alex, escucha, mi hermana está muy mal ahora, ese estúpido tipo le hizo algo. Tengo que llevarla a alguna otra parte. Aprecio que hayas venido y te hayas quedado conmigo toda la noche, aunque yo estuviera distraída con todo esto. Eres muy lindo. En verdad, gracias. Pero ahora tengo que estar con ella, sólo las dos. Sé que suena muy mal, pero debes irte. No tienes que quedarte porque Laura ya está con Sergio y yo cuidaré de Amaia. Gracias por haber venido.

Lo besé en la mejilla y me sonrió por un momento.

—Adiós —respondió vagamente.

CAPÍTULO 11

LLEGAMOS A LOS JARDINES DE CECILIA RODRÍGUEZ a las 2: 00 a.m. Llegar allí no nos tomó mucho tiempo, considerando que fuimos caminando, bueno, casi corriendo, ya que la desesperación de Amaia y el apuro que tenía por alejarse rápidamente nos dirigieron allí con mucha prisa. El jardín se encuentra dentro del parque de El Retiro, que es inmenso. Era la primera vez que estaba allí de noche; cuando íbamos, lo hacíamos alrededor del mediodía. Y tampoco había estado allí desde hacía mucho tiempo. De todas formas, aún podía ver los altos árboles decorando la entrada a esa pequeña plaza con enredaderas en los arcos de piedra que rodeaban a los estanques en los que caía el agua silenciosamente. Siempre fue mi plaza favorita de todo

el parque, era la más acogedora. Mi mamá siempre nos llevaba cuando éramos pequeñas, como de siete y diez años. Ella se sentaba en una banca y nos miraba jugar con el árbol de limón que había ahí a su lado, pero nunca lográbamos coger los limones, así que ella lo hacía y nos los daba. Sentada ahí leía un libro mientras decía que ése era el lugar más tranquilo en toda la ciudad, en el que cualquiera podía olvidarse de sus problemas. Si eso hubiese sido verdad en ese preciso momento...

—Amaia, ¿recuerdas cuando mamá nos traía aquí de pequeñas? —le pregunté.

—Sí. ¿Por qué ya no nos trae aquí? Ha pasado tanto tiempo; me había olvidado lo lindo que era —dijo Amaia, tirada en el césped y mirando para arriba.

—¿No recuerdas? Cuando mamá se dio cuenta de que papá definitivamente ya no iba a volver, quedó casi sin esperanza ni ilusión por hacer las cosas —le dije con amargura.

—Oh, eso es cierto. Estuvo triste por tanto tiempo, que creo que olvidó todo sobre este lugar.

Tomando un poco de aire le respondí:

—Oye, puedes contarme qué pasó, sabes. Soy tu hermana de todas formas. Puedes confiar en mí.

Amaia me miró por un momento, luego volteó su cabeza nuevamente mirando para arriba y dijo:

—Nunca pensé que mi vida podría ser tan injusta, Sofía. Creo que allá arriba todos viven felices, que la gente no se miente entre sí, y que nadie sale herido... como yo estuve cuando me enteré de todo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Quizás te preguntas quién es ese chico con el que estaba en la fiesta, ¿no es así? Bueno, se llama Manuel.

Traté de aparentar que no sabía nada.

—Y... ¿cuántos tiene?

—Tiene treinta y dos; lo sé, es muy viejo para mí, pero está soltero, de todas maneras. Trabaja en una agencia en la que publican historietas, revistas, libros, y demás. Se llama «Paradex» y está cerca de Madrid, en un pueblo pequeño pero no muy conocido, Boadilla del Monte, si no me equivoco. Nos conocimos en Internet hace semanas.

De repente su mente parecía haberse ido a otra parte. Había parado de hablar y miraba al piso en donde no había nada que ver.

—¿En Internet? ¿Cómo en uno de esos programas de citas? —le pregunté para hacerle notar que estaba ahí.

—No, primero vio mi perfil, pero no en uno de esos lugares de citas; mi e-mail estaba ahí y me agregó al MSN. Empezó a hablarme por ahí y me decía que estaba muy impresionado con mis intereses en lo que respecta a la literatura y preguntó si podía mandarle algo que hubiese escrito yo, una historia o algo así, porque quería leer alguna, ya que le apasionaba leer. Me contó en dónde trabajaba.

—¿Cuándo pasó todo esto? —pregunté alarmada.

—Unas semanas atrás, antes de fin de año, a principios de diciembre. Un día, mientras hablábamos, me dijo que ya estaba cansado de hablar así y que quería que nos viéramos en persona. Estaba tan emocionada

por ver cómo era en la realidad ya que solo lo había visto en fotos. Finalmente alguien se había empezado a interesar en mi escritura. Me preguntaba si en realidad quería verme, y si quería discutir de mi posible carrera literaria. Desde ese momento empecé a soñar acerca de las oportunidades que eso significaba para mí...

—¿Cómo pudiste dejarte llevar de esa forma, Amaia? ¿Por qué no se lo dijiste a nadie, sólo por buscar consejo? No estoy diciendo que debiste habérselo dicho a mamá, pero sí a alguna amiga, no sé...

—No pensaba, sólo creía que esa era una gran oportunidad para mí y ya sabes cuánto adoro escribir. Tenía recelo de que alguien leyera mis escritos y que no le gustasen, pero él me hizo sentir muy especial cuando me decía que eran impresionantes todas las cosas que le mandaba. No le quise decir a nadie porque tenía miedo de que fuese solo que imaginaba que todas esas cosas buenas irían a pasarme en realidad. Nada era seguro en ese punto, pero, Sofía, ¿a quién no le gusta soñar? —dijo tristemente y terminó—: Sofía, nunca pensé que Manuel fuera tan duro, pero a la vez tan mentiroso.

—¿A qué te refieres?

—Me dijo que teníamos que vernos lejos del centro de la ciudad porque no quería que la gente se amontonase a su alrededor cuando lo viese. No sé. Decía que era tan famoso que aparecía en revistas y le hacían entrevistas en la televisión. No puedo creer que le haya creído. Tontamente, le creí. —Empezó a golpear al suelo levemente—. Oh, aún parece mentira. Cuando me vio por primera vez me habló sobre lo linda que era. Y lo

joven y natural. Decía que yo tenía una buena vibra con lo de la escritura. Pensé que esos debían ser los cumplidos más comunes que les decía a todos sus escritores. Pero las cosas empezaron a ponerse...

—¿Ponerse cómo?

Yo sabía lo que iba a decir y le pregunté antes de que continuase:

—¿Y no salías ya con Sergio? Lo digo porque te vi con él muchas veces y a mamá le habías dicho que salían...

—Se pusieron... serias. Y no, yo no estaba saliendo con Sergio. Se lo dije a mamá para tener una excusa para poder verme con Manuel. Él tiene catorce años más que yo y, obviamente, mamá no iba a estar feliz de que yo estuviese con él; jamás lo aprobaría. Al decir que las cosas se pusieron serias me refiero a que salíamos juntos casi todos los fines de semana; yo empecé a quererlo mucho, creo que demasiado y... él me empezó a pedir que le escribiese cartas cada semana y que le contara en ellas cuánto había progresado con mis historias, en qué parte iba, y era importante para mí tenerlo como apoyo. Decía que las cartas por semana eran románticas, mucho más que hablar por Internet. Y que él no podía verme durante la semana ya que tenía demasiado trabajo y salía de la ciudad, por lo que debíamos hablar a través de cartas. Así que lo hice. Le escribí las cartas y sentía como si el estuviese ahí viendo cada cosa que hacía; me sentía supervisada. Pero creía que si alguien me presionaba un poco, de esa forma aprovecharía al máximo mi tiempo y lograría escribir mucho más. No

me molestaba porque, en realidad, quería hacerlo. Escribía lo más que podía cada noche y me quedaba hasta muy tarde, es por eso que llegaba tarde a clases. En realidad no estaba enferma ni nada...

—Le mentiste a mamá, Amaia. ¿Cómo pudiste hacer eso? ¿Te gustaba este tipo solo porque pensaba que eras linda? Amaia, escucha, TODOS en el colegio te dicen que eres linda, incluso los que no te conocen dicen que eres la más guapa de todo el colegio.

—Es eso lo que me aturde tanto. ¿No lo ves, Sofía? Ellos dicen que soy «demasiado sexy». ¿Crees que me gusta que me llamen así? No, no me gusta. ¿Por qué cada chico que conozco piensa que soy «perfecta» solo con mirarme físicamente? Me hace pensar si es que les gustaría igual si no fuese de esta manera, pero sólo por mi personalidad. ¿Cómo puedes saber en realidad si alguien está siendo sincero? Cuando alguien me dice que me ama, ¿cómo sé si es verdad? Nunca he sentido que alguien me quiere en serio por lo que yo soy y que quisiera estar a mi lado porque se siente feliz conmigo, por eso es que muchas de mis relaciones no han madurado. Pero Manuel me hizo sentir así. Él era distinto a esa clase de chicos, incluso a los mayores que yo conozco. Él era maduro y no me seguía diciendo la misma basura que todos dicen para lograr que te atraigan. Me ayudaba a escribir mis historias. Y cuando nos vimos, me llevó a un lugar que no conocía, un lugar hermoso para cenar. Hablamos de la vida, de cosas que nos gustaban a los dos. Las cosas eran demasiado buenas para ser ciertas. Creo que habían pasado unas dos semanas des-

de que nos conocimos; yo ya le había dado dos novelas y unas historias terminadas y él estaba encantado de ser quien las fuese a publicar. Qué tonta fui por creerme todas sus mentiras y ruegos. Él decía que las tendría publicadas lo antes posible y que no me preocupase por nada. Solo firmé un contrato que lo hacía encargarse del proceso; además, no me pidió nada de dinero, nada más que las historias.

—¿No investigaste nada sobre él? Quizás era una farsa, quizá te mentía sobre su propio nombre. ¿Nunca pensaste en eso? —le dije. Jamás habría imaginado que mi hermana pudiese creer en esas tonterías que hacen y dicen los hombres para ilusionar a las mujeres.

—No, nunca. Siempre le creí. Era muy persuasivo, cariñoso y bueno conmigo; nunca dudé de él. Un domingo me invitó a tomar un café para firmar el contrato que te mencioné. Lo esperé en la cafetería; cuando llegó me comentó el contenido del contrato. Confié tanto en él que no lo leí, solo lo firmé. Dijo que debía ir pronto a su casa a hacer unas llamadas y nos despedimos. Al caminar hacia casa pasé por una librería. Me animé a entrar. Empecé a ver libros, pensaba comprar alguno, cuando lo vi: mi novela. Tenía el mismo título. Pero la portada traía una foto de una mujer sentada en un cuarto oscuro sujetando una vela; esa no era la que yo había mandado. Casi me desmayo cuando leí en cursiva, *Por Manuel Pereira*. Fue en ese momento en el que me desmoroné sin poder dejar de mirar al libro. Sentía como si me cayese a pedazos. Sofía, sentía un temblor en todo mi cuerpo.

Mientras Amaia me contaba todo me di cuenta que, mientras en todo este tiempo yo me sentía como si no valiese nada, la vida de Amaia no era para nada perfecta como todos pensaban; es más, era lo opuesto. Amaia atravesaba por peores cosas que yo. Me sentí avergonzada de mí misma. Había visto las cosas desde una óptica errónea y había mal interpretado todo sobre ella.

—Te engañaron... No puedo creer que haya gente así, pero ¿qué hiciste después? —le pregunté consternada.

—No sabía qué hacer, ese era mi problema. Salí inmediatamente de la librería dejando el libro en el piso. Corría sin saber a dónde iba. Me sentía con miedo por dentro. Pero en ese momento pensé, ¿por qué darle el placer a este traidor? No iba a quedar como una enana patética que se dejó engañar por un cualquiera. Así que mientras estaba aún furiosa y algo triste, decidí dejar la tristeza aparte e ir a sorprenderlo en su casa, o por lo menos en donde me había dicho que vivía. Era un apartamento en un edificio antiguo, en un vecindario cualquiera. Toqué la puerta por milésima vez hasta que contestó con ese tono suave e indefenso:

—¿Qué pasa, hermosa? ¿Me extrañaste tanto desde que nos despedimos que decidiste venir a verme?

Lo empujé dentro de la casa, gritándole:

—¿Dónde las guardas? ¿Dónde están mis novelas? ¡Dámelas! Te digo que me las des, idiota desgraciado...

Pero se levantó del piso, su cara roja y frustrada; jamás lo había visto así.

Se levantó y dijo:

—Escúchame, Amaia, tú firmaste el maldito contrato, ¿recuerdas? Me permitiste disponer de tus trabajos de la manera que yo considerase la mejor. Qué pena que no pudiste ni leer el maldito papel porque estabas demasiado ocupada pensando en lo famosa y millonaria que te harías algún día gracias a mí. Mejor agradéceme, porque te hice un favor al firmarlas con mi nombre.

Me quedé quieta, mirándolo, y estaba tentada a llorar, Sofía. Me sentía inútil en ese punto. Sus ojos empezaron a cambiar dramáticamente de lo que antes eran. Para mí él ya no era ese dulce hombre que alguna vez me dijo que me amaba. Su mirada ahora reflejaba furia y transmitía miedo. Entré en pánico y traté de irme paso a paso lentamente para atrás, con mis ojos fijos en el piso. Retrocedí uno, dos, tres pasos cuando me tomó por el brazo e intentó decirme algo, pero yo le quité la mano de mi brazo bruscamente diciéndole que no lo quería escuchar, pero entonces... me tiró al piso y me dijo:

—Escucha, no tenía la intención de herirte al tomar tu novela y publicarla con mi nombre. Pero, Amaia, seamos realistas: a pesar de tener talento, nadie te conoce y te tomaría mucho tiempo lograr ser famosa y ganar buen dinero por lo que escribes. Por mi lado, yo tengo contactos, la gente me conoce más y tienes que admitir que la mitad de esos trabajos yo te los ayudé a escribir... por lo tanto, también me pertenecen. Durante este tiempo que hemos pasado juntos me he dado cuen-

ta de que hay una conexión entre nosotros; algo que nos une, que nos hace ser una sola persona. Nos comprendemos. Y sé que sabes a lo que me refiero... Desde que nos conocimos hubo esa sensación de que había *ese algo* que nos hacía más especiales que cualquier otra pareja. Como si todo lo tuyo fuese mío y lo mío tuyo. Nos pertenecemos el uno al otro y no hay nada que cambie eso.

Su agresividad al haberme tirado así, tan bruscamente, me sorprendió más que cualquier otra cosa. Y el tono de su voz mientras me decía todas esas cosas, a las que aún estaba tratando de darles sonido, era irreconocible. ¿Ser una sola persona? ¿Y que eso le daba derecho a publicar con su nombre lo que yo había escrito? ¡No podía creer que dijera eso! Simplemente había perdido la cabeza y me di cuenta que algo andaba mal en él. Había cambiado. Era la primera vez que me trataba así y me decepcionó en ese momento. Lo que quería era salir de ahí. Olvidarme de él y de lo que me había hecho. Porque no solo me engañó con lo de la novela sino que me había empujado, me había tratado mal. Me levanté y le dije:

—Manuel, ¿quién eres? Ya no sé ni cómo eres en realidad. Me mentiste al decirme que ibas a publicar mis novelas; lo que hiciste fue plagiarlas, no ayudarme. Y créeme que sí me equivoqué al no haber leído ese contrato, ¿pero sabes por qué fue? Porque confiaba ciegamente en ti. El afecto que te tenía no me permitía pensar que me pudieras hacer algo malo. Pero, repito, me equivoqué. Veo que eres uno más de esos que mienten a las mujeres. Sabes, ¡qué lástima! Te respetaba, te

quería; por lo menos, quería a la persona que pensaba que eras. Pero, ¿por qué ahora te portas así, como si yo no te importara?

Y me fui acercando a la puerta, mientras él decía:

—Has sido lo mejor que me ha pasado, Amaia. Pero no me vas a entender si te digo que hay veces que ni yo mismo me reconozco. Ándate. ¡Sal!

Parecía estar loco, como si intentase sacar a otra persona que se apoderaba de él por dentro. No podía quedarme. Sentía miedo.

Salí inmediatamente y corrí, corrí por las calles llorando mientras la imagen de su cara cuando me gritaba aún permanecía fresca en mi memoria. No quería hacerlo, pero toda esa humillación, tristeza, desesperación y furia me llevaron a una tienda en la que compré una botella de whisky y me la fui tomando, con despecho, hasta llegar a casa. Había perdido la noción del tiempo, no sabía ni la hora que era cuando llegué. Fue ahí cuando tú me abriste. Tuve tanta suerte de que mamá no lo hiciera. Por eso estaba así, y tú te asustaste tanto.

Mi hermana desvió su mirada lejos de mí en ese momento. Sabía que se sentía avergonzada de lo que me había contado. Yo permanecía callada y no sabía qué decir. Sólo quería darle a ese desgraciado una lección. ¿Cómo puede ser así la gente? ¿Cómo pudo aprovecharse de su vulnerabilidad y hacerle eso? Las preguntas seguían girando en mi cabeza. Pero tenía que relajarme. Quería decir algo, pero las palabras no salían de mi boca. Me sentía inútil. Es decir, ella me había con-

tado quizás el momento más difícil y perturbante de su vida, que era muy complicado de contar, pero me lo había dicho y aún así no podía decirle nada. Ni apoyo ni ayuda, y eso que sí la había visto ese día en el café, pero no se lo pude decir. Ella tampoco podía verme. Yo aún sentía que todo estaba muy extraño y las dos sentadas una junto a la otra... Creo que ella tenía miedo de lo que yo pudiese decir, pero a decir verdad ni yo estaba segura de qué tenía que decir en ese momento.

—No sé qué decir, Amaia. Perdón.

No me sentía cómoda hablando con ella a solas; las dos sentadas en medio del parque. Yo seguía mirando a los lados esperando ver a alguien, pero las posibilidades eran mínimas considerando que eran las tres de la mañana. Lo que más odiaba era que había tantas cosas pasando por mi mente en ese momento, pero igual, no tenía nada que decir. Como decir cuánto detestaba a ese idiota incluso sin conocerlo. O cuán equivocada estaba ella al haber confiado en un completo extraño. Pero sentía que no debía juzgarla demasiado. No tenía la mínima idea de lo que ella pensaba en ese momento. De hecho, no la conocía bien ni en general. De todas formas, entendía que para ella esa hubiese sido una noche no tan encantadora y me había confiado algo muy importante de lo que le había pasado recientemente. Yo era su hermana y tenía que serle de ayuda esa noche. Después de una larga pausa me atreví a hablar:

—No estabas pensando. Hiciste algo que tú normalmente no habrías hecho. Te dejaste llevar por falsas

esperanzas que te daba ese tipo. No estoy diciendo que la gente no puede equivocarse, ¿pero sabes en qué clase de situación estás metida, Amaia?

Aunque sonaba como si estuviese molesta con ella, la verdad es que me sentía preocupada. De todas formas ella pudo haber malentendido y pensado que yo simplemente le estaba gritando y contradiciendo por haber hecho todas esas cosas estúpidas. Me podía dar cuenta por la manera en como me miró de vuelta.

—Sí, sé que hice las cosas mal. De no ser así ¿no crees que no estaría aquí llorando con el rostro tan destrozado? Ay, por favor. Por un momento pensé que tú ibas a ayudarme o algo, pero lo único que haces es tratar de hacer las cosas aún más complicadas para mí. ¡Eso es lo que haces! Señalar siempre mis errores en vez de ayudarme.

Intentó levantarse e irse pero la tomé por el brazo inmediatamente.

—Oye, no quiero hacer las cosas más difíciles para ti. ¿Y sabes qué? Esto de las peleas, para mí, terminó, Amaia. Hemos peleado la mitad de nuestras vidas. ¿Recuerdas cuando éramos amigas? Me refiero a verdaderas amigas. Cuando mamá nos llevaba a acampar a esa montaña y dormíamos fuera de la carpa sin darnos cuenta de que ese animal extraño se llevaba toda nuestra comida durante la noche. Nos queríamos tanto. ¿No ves lo que no has sucedido? Cuando comenzaste a salir con todos esos chicos dejaste de hablarme. Y yo hice lo mismo. Ahora ya nunca hablamos. ¡Y eso no me gusta, Amaia! En realidad, no me gusta.

Empecé a llorar. ¡Qué vergonzoso! Nunca pensé que me pudiese sentir tan abatida por mi hermana y prácticamente nos habíamos ignorado entre las dos por años. Y estaba aún más sorprendida por como le pude decir lo que yo pensaba. Podía ver que su expresión era tenue. Luego dijo:

—Sabes, Sofía, yo nunca pensé en eso. Me imaginé que era algo tal vez normal, que entre dos hermanas no se cuenten todo sobre cada una. Y ni pensé en lo raras que eran las cosas entre las dos. Pienso que me acostumbré a la manera como nos tratábamos. En serio, lo siento mucho por haber actuado así. Pero oye, las cosas pueden ser diferentes. Todavía podemos hacer todo eso que solíamos hacer años antes. Nunca es tarde. Te conté lo que me había pasado y eso es porque realmente confío en ti y sé que, posiblemente, eres la única que me puede ayudar a resolver todo esto.

—Hmm, bueno; sé que no es tarde, y no estoy segura completamente de qué hacer. Este tipo, como lo describes, obviamente no es de confiar. Él puede hacer cualquier cosa. Planea lo que sea. No quiero asustarte, Amaia, pero tienes que esperar lo peor. Porque, como ya me contaste, tú pensabas que lo conocías muy bien, pero mira en lo que terminó. Una farsa. No puedes esperar nada de ese tipo, simplemente lo peor.

—Y lo haré. Estoy consciente de que no es alguien confiable. ¿Pero cómo voy a arreglar lo que pasó? Porque, Sofía, no voy a dejar que se quede con todo.

—A ver Amaia, escúchame. Esto no tiene nada que ver con quién gana y quién no. Amaia, ésta es tu

vida que está en juego. Si ese tipo fue capaz de plagiar tu novela y de tratarte así, qué otras cosas aún peores puede hacer. Tienes que entender que está loco. Publicó un libro tuyo a su nombre, ¿qué clase de persona hace eso? Sólo alguien que está fuera de sí. Así que no pienses en venganza ni nada por el estilo, ya que estás arriesgando mucho. Tienes que preocuparte por ti misma ahora, estar alerta y alejarte lo más posible de él.

—Sí, lo sé. —Viró su cabeza, se veía triste, como si no le dijera en serio—. ¿Pero cómo? Él ya sabe que te lo dije. Sabe que no voy a permitirle decir que mi libro es su trabajo. Y sabes, cuando me llevó al piso de arriba en la fiesta, me pidió que lo perdona por su actitud. Esa noche había aparecido en la fiesta sin que yo sepa que iba a ir. Estuvo tranquilo y calmado al principio, cuando me ofreció disculpas, pero luego, cuando no quise sentarme a conversar con él, se enfureció y otra vez parecía haberse transformado en otro. Estábamos arriba porque yo había subido y él me persiguió insistiendo en que lo escuche. Pero cuando le di una bofetada pidiéndole que me dejara en paz, me tomó por los hombros y me empujó fuertemente. Me di contra una puerta y al caer me golpeé el rostro. Ya no pude más. Me quedé ahí llorando mientras él me veía con rostro de arrepentimiento y de angustia. No entendía cómo se volvió de repente agresivo. Me decía: «Lo siento, lo siento, déjame ayudarte». Pero lo vi con tal mirada de lástima que me dijo:

—Sé que me odias, pero estoy así porque no quiero perderte, no me temas, ¡éste no soy yo!

Y bajó las escaleras abruptamente. Fue entonces cuando tú llegaste y me viste allí.

—Oh, ahora entiendo. Cada vez que pienso en él... quiero... quiero... no lo sé... Hazle notar que lo que hizo no fue correcto.

—Quiero hacer eso también. ¿Así que, ahora qué? No puedo esconderme, pero si no lo hago me va a hacer daño si no obtiene lo que quiere. Esa es la sensación que me han dado sus cambios de personalidad. Está mal de la cabeza. No solamente quiere lo que he escrito, me quiere tener a mí también. Me lo dijo en la fiesta, que no me iba a dejar aun si no le daba mi trabajo y si no lo quería. ¿Pero cómo quererlo? ¿Después de todo lo que hizo?

—Te lo he dicho, está loco. Amaia, tienes que hacer algo. Porque él no es nada estúpido. Puede llegar y llevarte a donde sea en cualquier momento. Puede hacer lo que sea por tener lo que quiere. Pero no puedes permitirle hacer eso, ¿me escuchas? —le dije mirándola a los ojos.

—¿Cómo voy a hacer eso?

—Escápate. O no lo sé. Solo hazlo. Por un tiempo, hasta que él se tranquilice y toda esta situación mejore.

—No, Sofía, no puedo irme. Si estoy sola en alguna parte él me va a encontrar. No puedo irme sola. ¿Qué pasará si me encuentra y yo estoy sola? Algo podría pasarme, y nadie nunca lo sabría —dijo, asustada.

—Pues, tienes razón. ¿Entonces qué? —Empecé a pensar, cuando de repente lo tenía—. Lo sé, no tienes que ir a ninguna parte. Puedes quedarte en casa y ma-

má puede esconderte y todo estará bien. Nosotras negaremos que estás ahí y mamá podría llevarte al colegio y traerte hasta que todo mejore, siempre que le expliques todo. Tal vez se canse de buscarte y cuando tengamos la oportunidad podemos ir a reclamar tus derechos de autor. ¿Qué piensas?

—No puedo pensar en nada mejor, así que sí, hagámoslo. Espero que funcione. Espero que pare de buscarme y deje en paz mi vida. No puedo perdonarlo si me faltó el respeto, tengo que intentar dejar de quererlo.

Tomó su cartera y respiró profundamente. Nos levantamos las dos juntas y nos marchamos.

CAPÍTULO 12

SALIMOS DEL PARQUE CERCA DE LAS CUATRO de la mañana. Era muy tarde y le habíamos dicho a mamá que llegaríamos a casa temprano. Pero no me importaba ya que, posiblemente, había sido la mejor conversación que había mantenido con mi hermana y pensé en eso todo el camino a casa. Me hacía muy feliz.

—Aquí tiene, gracias.

Bajamos del taxi y yo le pagué la cuenta al taxista, que respondió:

—De nada, que tengan buena noche.

En el elevador yo dije:

—Oye, ¿qué le vamos a decir a mamá?

—Que nos demoramos en conseguir un taxi, nos va a creer.

—Lo que sé es que a ti siempre te termina creyendo. La «hija perfecta» —dije en un tonó burlón.

—Pues eso es cierto, ja, ja.

Ella se estaba riendo y yo también. Fue un momento muy especial. Sólo quería que no acabase. Sabía que se había olvidado de Manuel por un momento. Pero pronto empezaría a pensar en él y en todos sus problemas otra vez, y eso causaría que se deprimiera una vez más.

Abrimos la puerta y buscamos a mamá pero todas las luces estaban apagadas. La única luz encendida era la de la cocina. No sabíamos qué pasaba, ya que mamá nunca dejaba las luces de la cocina prendidas, siempre se cercioraba de que estuviesen apagadas antes de ir a dormir.

—¿Dónde está mamá?

Amaia se aproximó a la cocina. Entró primero y yo la seguí. Gritó ¡no! y corrió hacia donde estaba mamá. Ahí la vimos tirada en el piso, inconsciente, volteada para abajo. Su cabello estaba alborotado pero no se veía su cara. Amaia y yo empezamos a llorar sin darnos cuenta ya que la desesperación que sentíamos no nos dejaba ni hablar. Amaia la volteó. Parecía haber sufrido un golpe ya que tenía una marca en su frente de la que le salía sangre. Amaia sólo la sostenía gritando:

—¡Mamá, despierta!

Pero yo estaba sin habla. Sostenía su mano mientras le decía a Amaia:

—¡Haz algo!

—¡No ves que no puedo, maldita sea! ¿Qué puedo hacer? ¡No se levanta! —dijo.

Tomé el teléfono y marqué el número de la ambulancia. Con voz temblorosa dije que era urgente. No habíamos visto a mamá en esa situación tan grave. Sólo la vez que se fracturó la pierna porque se cayó de un caballo mientras cabalgaba, hacía años. No podía mirarla sin temor. Se veía paralizada pero respiraba. Eso era lo único que sabíamos. Pero mientras esperábamos por la ambulancia llamamos a nuestra tía que vivía cerca de nosotros, que podía llegar rápido y acompañarnos al hospital. Necesitábamos toda la ayuda posible. Amaia miraba por la ventana y a su reloj esperando ver algo pero no estoy segura si era la ambulancia. Yo estaba dándole golpes al piso con mi zapato y mirando al suelo mientras lo golpeaba. Habíamos llevado a mi madre a su cama, ya que, en caso de que se despertara, se desesperaría viéndose en medio del piso de la cocina, y eso la asustaría más.

—¿Dónde están? —preguntaba Amaia cada cinco minutos.

—No lo sé, ya vendrán, tranquila —respondía yo.

Finalmente, llegaron. Unas enfermeras tomaron a mi madre en la camilla y la llevaron dentro de la ambulancia. Dijeron que sólo un miembro de la familia podía acompañarla dentro. Le dije a Amaia que fuera ella; era la mayor de todas formas y mi tía decía que ya llegaba. Cuando llegó, unos minutos después, fuimos tras la ambulancia al hospital. Las luces de la calle se reflejaban a través del parabrisas en mi rostro y continuaban titilando en mis ojos mientras pensaba en lo sucedido con mi mamá. Más que saber qué había pasado, le preocupaba lo que podría pasar con ella, debido a ese golpe.

CAPÍTULO 13

MAMÁ ESTABA BIEN. APENAS SALIÓ EL DOCTOR de la habitación, le preguntamos cómo estaba. Nos dijo que tenía una herida por algún golpe recibido en su frente, y que no entrañaba riesgo porque la lesión era externa. Nos aconsejó irnos a casa ya que mi mamá necesitaba descansar, por lo que no podría ver a nadie hasta la mañana siguiente. Pero Amaia y yo decidimos pasar la noche en la sala de espera. El hospital era muy frío y esos asientos extremadamente incómodos, pero no iba a quejarme de eso cuando mi mamá estaba internada en ese hospital.

Al siguiente día Amaia me despertó para desayunar en el hospital. Mi pelo estaba hecho un desastre y mi cara estaba aún peor pero nadie nos iba a ver ahí, así que

bajé las gradas sin pensar mucho en cómo se veía mi cabello ni mi rostro ni nada. Amaia hizo lo mismo y se veía muy seria cuando nos sentamos en una de las mesas.

—Amaia, ya sabes qué pasó con mamá, ¿verdad? —le pregunté con un tono de voz muy suave.

—No, no sé —dijo, totalmente segura.

—¿Estás ciega o qué? Amaia, ¡fue Miguel! El maldito ese te habrá buscado después de que nos fuimos de la fiesta y debió llegar a nuestra casa y como no vio a nadie más que a mamá se fue en contra de ella. Y luego debió haberse ido, dejándola así como la encontramos en la cocina. Lo va a lamentar, sabes. No puedo permitir que le haya hecho eso a mamá.

—¿Estás segura que fue él? Necesitamos hablar con mamá primero, Sofía. Y además, si ya pasó no podemos hacer mucho al respecto. Lo que podemos y debemos hacer ahora es preocuparnos por nuestra madre y su bienestar. Pero voy a reportarlo a la policía. Estoy preocupada por mamá y no quiero que algo más le suceda, o a alguna de nosotras. Lo que pasa es que ni siquiera sé quién es en realidad... —dijo con mucha vergüenza.

—¿Qué? ¿Entonces como pudiste salir con un tipo que no te había contado nada sobre su vida? —le pregunté con preocupación.

—Nunca me dijo de dónde era, específicamente, ni nada de su familia o de sus amigos, pero pensé que por simple descuido. Ahora sé que realmente no quería revelar su identidad —dijo mientras se tomaba su café—. Quiero odiarlo... pero...

—¿A qué te refieres con que quieres? ¿No lo odias ya por todo lo que ha hecho?

La miré tratando de hacer que se diera cuenta que estaba empezando a molestarme.

—No quiero hablar de eso ahora, Sofía. No creo que puedas entenderlo.

Se levantó y luego dijo:

—Hay ciertas cosas que no entenderías.

—¡No digas eso! ¿Qué es lo que no puedo entender? ¿Que te engañó un embaucador y que no puedes hacer nada al respecto?

Después de haber dicho eso entendí que había cruzado la línea. Amaia me miró de una forma horrible. Sólo dijo:

—No espero que lo entiendas. En realidad, ya no espero más de ti.

Y se fue al ascensor sin siquiera esperarme. Me preguntaba por qué dije eso y cuán cruel fue haberle dicho que la engañó un embaucador. Me senté ahí pensando qué sentiría si alguien me dijera algo como eso. Por último, me levanté y fui al quinto piso a ver cómo se encontraba mamá. La encontré recostada en la cama y junto a ella estaban Amaia y mi abuela, que había llegado mientras mi hermana y yo desayunábamos.

—Miren quién llegó, por fin —dijo mi abuela en tono irónico.

—Hola —dije mirándola directamente a mi mamá—. Mamá, ¿cómo estás? ¿Ya te sientes mejor?

—Hola, cariño; sí ya estoy mejor. Le estaba contando a tu abuela que nada serio pasó, que caí al piso y

me golpeé la cabeza porque me resbalé y me di contra la mesa.

Abrió sus ojos bastante, lo cual implicaba que yo tenía que concordar con lo que decía y decirle a la abuela que eso era cierto.

—Oh, sí. Amaia y yo nos preocupamos por mamá pero todo está en orden, el médico ya nos lo dijo abuela —le dije sin siquiera mirarla.

—Bueno, eso me deja más tranquila. Es maravilloso saber que estás bien Ruth. Ahora le diré a tu padre que nada malo sucedió y que no tiene de qué preocuparse, ya sabes cómo es. Tenemos una reunión con algunos amigos, así que tengo que irme. Adiós.

Y nos dio besos de despedida a todas. Apenas la abuela cruzó la puerta mi madre se dirigió a Amaia:

—¿Cómo no me pudiste decir, cómo pudiste mentirme, cómo pudiste hacerlo, en especial en algo como eso? —le dijo, enfadada.

Amaia tenía una expresión de consternación en su rostro. Era obvio que no sabía qué decir y que lo lamentaba tremendamente. Pero finalmente le respondió.

—Lo siento, mamá. Por favor no estés enfadada, ese tipo nunca me hizo nada... y... y...

Y empezó a llorar. Yo sabía que no quería contarle a mamá que Manuel la había tratado mal y la había engañado. Pero yo tenía que decir algo.

—Mamá, ¿te dijo algo ese hombre? Antes de que empecemos a pelear, ¿puedes contarnos qué pasó?

—Él no parecía estar interesado en hablar en absoluto. Lo que hizo fue golpear la puerta mientras yo ce-

rraba todas las ventanas y me alistaba para ir a la cama. Pensé que eran ustedes dos, así que no miré por la rendija, sólo abrí y él empezó a gritar como loco: «¿Dónde está? ¡Dime dónde diablos está! ¡No voy a dejar que se vaya, dímelo!» No sabía de qué me estaba hablando. Pensé que había entrado en la casa equivocada. Pero cuando él dijo: «Dime dónde está Amaia o si no yo mismo me encargo de encontrarla», yo supe que no se había equivocado de casa. Su cabeza se inclinó cerca de mí y pude sentir su respirar, mientras me miraba con maldad. Entré en pánico. Estaba aterrada y empecé a llorar. «¡No sé dónde está! No ha regresado, por favor, ¡déjeme en paz!», le dije, pero no lo hizo. Siguió tomándose por el cuello, pero al ver que me quedaba sin aire, me soltó para ir a buscar en las habitaciones. Revolvió la casa: las camas, los closets, la sala, todo. Corrí hacia la cocina en busca del teléfono. Marqué el número de la policía pero mientras esperaba que contestasen escuché sus pasos detrás de mí, acercándose. Y no recuerdo nada más porque quedé inconsciente.

Miró a Amaia por un largo tiempo esperando su explicación a lo que estaba sucediendo.

—No te lo conté porque pensé que no lo entenderías, mamá. Traté de decírtelo, pero algo no me dejaba hacerlo. Yo sabía que no ibas a aprobar que yo estuviese con alguien mucho mayor, aunque todo comenzó como un negocio ya que él me contactó al leer mis historias y me mostró interés en publicar mis trabajos. Mamá, lo siento, lo siento...

Antes de que pudiese seguir adelante con la historia, mamá la interrumpió:

—¿Negocios? Amaia, ¿tienes una idea de lo que estás diciendo? No tienes la edad suficientemente para hablar de negocios o involucrarte con un hombre mayor a ti. Peor, no solamente saliste con este sujeto que ni conocías, él te usó, no trates de decirme que no, sé lo que es involucrarse con un hombre mucho mayor, siendo tan joven e inocente. Lo más terrible, Amaia, es que no se lo contaste a tu propia madre. Hiciste todo lo que ese sujeto te pedía, ¿no es así? ¡Todo! Y confiaste en él en vez de hacerlo en tu propia familia. ¿Cómo pudiste? Y sin embargo, sé que ahora vas a defenderlo, ¿no es verdad? ¿Qué fue lo que te impulsó a estar con él a escondidas? ¿Qué?...

Mamá estaba poniéndose histérica y yo estaba en el medio de las dos. Le gritaba a Amaia por primera vez en su vida. Yo continuaba mirando sin decir nada. Amaia se veía confundida porque todo lo que decía mamá era exactamente lo que había pasado.

No podía ayudar a Amaia porque estaba de acuerdo con lo que decía mamá. Ese hombre había abusado de mi hermana y ella lo dejó hacerlo. Pero también sabía que Amaia le temía... Por lo menos eso pensé hasta que dijo:

—Lo hice por amor. ¡Por amor, mamá! Algo de lo que tal vez tú no sepas mucho, ya que tu propio esposo te abandonó estando embarazada y lleva años sin aparecer. Sí, lo hice porque amaba a Manuel. Sé que el amor es un sentimiento irreconocible para ti. Pero también sé que es lo que te impulsa a hacer tantas cosas...

Amaia respiraba hondamente y cada vez más rápido, pero no sé si notó que mamá estaba haciendo lo mismo. Parecía que las dos estaban por acabar una con la otra. Si hay algo que sé muy bien sobre mamá es que cuando se pone histérica empieza a respirar más rápido cada vez y eso significaba algo malo: que no podía contenerse por más tiempo y que iba a dejar salir toda su ira y frustración.

Después de una larga pausa dijo:

—Nunca imaginé que pudieses ser tan tonta como para hacer eso. Pensé que había sido una buena madre criando hijas inteligentes que fuesen capaces de tomar sus propias decisiones y escoger los buenos caminos de la vida. Resulta que no fue así.

Su voz empezó a temblar como si fuese a empezar a llorar otra vez. Continuó:

—Tú fuiste mi orgullo, Amaia. Desde que eras pequeña yo supe que ibas a ser exitosa, y lo fuiste, hasta que...

Luego me vio y notó que yo tenía inclinada mi cabeza levemente, como que no estuviese escuchando.

—Sofía, no eres precisamente la mejor estudiante, pero sé que eres feliz siendo como eres, alguien diferente al resto, ¿sabes? Un tipo de persona difícil de ser conocida por el resto de gente. Pero una vez que lo hacen descubren que eres un ser humano increíble. Y yo estoy muy orgullosa de ti también. No quiero que pienses que no me importas como tu hermana, pero por favor, ¿nos dejarías solas por un momento? Por favor.

Asentí con la cabeza y miré a Amaia un segundo antes de marcharme. Cerré la puerta y en cuanto salí la curiosidad pudo más que mi voluntad y me quedé detrás de la puerta escuchando su conversación. La recepcionista me miró tratando de imaginarse qué es lo que estaba haciendo, pero no dijo nada. Escuché que Amaia decía:

—De verdad lo amaba. Como nunca he amado a nadie. Sé que no me entiendes mamá, no espero que lo hagas. Hice las cosas muy mal, pero no quiero pelear, sino explicarte todo, aunque, en realidad, no puedo justificar mis acciones. Me dejé llevar por los sentimientos y no podía pensar. Así que entiendo si estás decepcionada, pero no puedo cambiar el pasado. Lo siento si te agredió, lamento tremendamente haber sido la causante...

Seguía llorando. La escuchaba y quería llorar también. Sabía que en adelante las cosas no iban a ser iguales. Que mi mamá no iba a confiar en Amaia de la misma forma que lo había hecho, incluso si llegaba a perdonarla. Amaia continuaba explicándole a mamá qué había pasado; le contó prácticamente lo mismo que me había contado a mí en el parque. Solo evitó la parte en la que él la empujó en la fiesta y quizá la anterior vez a esa también. Quizás no le contaba eso porque imaginaba que mamá ya lo sabía de antemano, pues Manuel le había agredido a ella sin saber quién era, y debió suponer cuán violento era él.

—Sí, estoy decepcionada de ti —dijo mamá—. No te creo completamente cuando me dices que te enamo-

raste de él, ya que no lo conocías más de un mes. Y cómo le diste todo de ti, tus sentimientos, tu confianza, todo lo que eras. No me importa si me agredió anoche. No me importa porque estoy bien. Pero él no puede seguir hiriéndote, Amaia. No le permitas hacerlo, por favor, no le dejes. No quiero que arruine tu vida. Él tiene problemas, los tiene. Pero no sé qué hacer...

Entonces mi hermana dijo:

—No pienses en eso mamá. Lo resolveré, ¿está bien? No va a volver a agredirte ni a ti ni a nadie. No lo hará. Lo reportaré a la policía y todo volverá a la normalidad. No te preocupes, todo va a estar bien desde ahora. En serio, mamá, estaré bien. Solo quédate aquí hasta que te sientas mejor, no hay prisa en regresar a la casa. Debe estar hecho un caos, y no quiero que recuerdes lo que pasó al verla. Prometo que Sofía y yo la limpiaremos. ¿Sí? Así que duerme. Vendremos en la noche, ¿está bien? Te amo mamá. Y no espero que me perdones. Pero no voy a permitir que nadie te haga algo malo ni a ti ni a tu familia. Nunca más. Haré lo que sea necesario.

Mamá no respondió nada. Supongo que sólo le sonrió a Amaia. La escuché acercarse a la puerta así que me paré más atrás, haciendo como que estaba bebiendo agua del dispensador.

—Hmm, mira Sofía, tenemos que irnos.

—Está bien —le dije sin cuestionar nada.

Entré al cuarto de mamá para despedirme. Estaba siendo atendida por una enfermera, así que me despedí con la mano y fui al auto.

CAPÍTULO 14

TERMINAMOS DE LIMPIAR TODO A LAS 10:30 P.M. La casa estaba totalmente patas arriba. La cocina era la peor parte; las frutas estaban tiradas alrededor de todo el piso, la leche derramada también por todos lados y la mesa estaba partida en dos. Tomamos la mesa y colocamos la de la sala en su lugar. Luego intentamos reparar la puerta porque la cerradura estaba rota, pero no pudimos. Así que cerramos la puerta metálica de afuera. Noté que Amaia estaba muy asustada pero no decía nada. Yo también lo estaba y no me sentía segura dentro de la casa, solas las dos. Pero debíamos permanecer allí porque no se podía abandonar la casa; cualquiera podría entrar y robarnos. Además, mamá quería que todo lo que había pasado esa noche quedase entre noso-

tras, no deseaba que la gente le preguntase qué había pasado, y no quería dar falsas explicaciones, como ya tuvo que hacerlo con mi abuela en el hospital; no quería preocupar a nadie. Así que no podíamos pedirle a nadie que nos dejase dormir en su casa.

—Sofía, hemos terminado por hoy. Estoy cansada y mañana necesitamos levantarnos temprano para traer a mamá a casa, así que vamos a dormir, ¿sí?

—Sí, está bien. Estoy cansada también. No ha sido un día tan fácil, ¿no es así? Pero bien... Iré a lavarme los dientes. Puedes tomar tu ducha si quieres.

Amaia siempre había preferido tomar una ducha en la noche en vez de levantarse temprano para hacerlo. Yo era lo opuesto, me sentía tan exhausta en la noche que no podía ni pensar en entrar a la ducha ya que prefería dormir.

—Hmm, no, no te preocupes, no voy a tomar una ducha ahora, ya es tarde. Pero anda a lavarte los dientes, me pondré mi pijama.

Entré al baño y me lavé la cara. Eché un vistazo a mi rostro en el espejo. No era fea. Mi pelo era café y largo. Mis ojos grandes no eran exactamente verdes, pero su color era de un café claro. Tenía algunas pecas que mi mamá decía que amaba ya que se veían muy bien en mí, aunque yo siempre las detesté, porque creía que me hacían ver estúpida. Pero no sé por qué, esta vez me gustaron al verlas en el espejo, y me agradó todo mi rostro. Por primera vez no estaba llamándome fea o desagradable. Estaba feliz por cómo me veía y por cómo era. Me sonreí a mí misma y me sentí distinta.

En eso escuché sonar el timbre del celular de Amaia. Lo cogió rápido y contestó.

—Hola, sí, sí, ahí estaré. Sí, claro. Nos vemos allí. Adiós.

Y colgó. Inmediatamente me sequé la cara y abrí la puerta.

—¿Quién era, Amaia?

—Manuel —dijo como si nada pasase.

—¿Manuel? ¿Y? —pregunté.

—Y... nada. No pude decirle nada porque no supe qué; es decir, si empiezo a gritarle diciéndole que arruinó todo y a reclamarle puede venir y ponerse agresivo. Así que tengo que actuar inteligentemente como si no supiese lo que pasó con mamá, pretender que no me he enterado bien de las cosas. Tengo que ir a hablar con él ahora.

—¿QUÉ? Amaia, estás mal. No puedes ir, puede hacer lo que sea. No puedes ir —dije al borde del shock.

—Nada va a pasar, lo juro. Sofía, confía en mí, ¿está bien? Sé que últimamente mis acciones no han sido las mejores, pero esta noche será diferente. Se lo prometí a mamá, y ahora te lo estoy prometiendo a ti, que no voy a dejar que él les haga nada a ninguna de ustedes. Ni siquiera tocarlas, ni acercarse. Y no me tocará a mí tampoco. No se lo permitiré, ¿escuchaste?

Me miró y me abrazó.

—Pequeña tontita, no llores. No llores, vamos. Estaré bien. No tienes que preocuparte. —Me sonrió y secó mis lágrimas con sus dedos—. Anda ya a la cama, te voy a contar una historia —dijo, apuntando a la cama.

—No tengo diez años, sabes —le dije riendo.

—Lo sé. Ven. Mira.

Tomó un cuaderno de uno de sus veladores. Un cuaderno que yo nunca había visto.

—Éste era mi diario cuando tenía más o menos tu edad —dijo, abriendo una página que estaba marcada con una pluma.

—¿Tenías un diario a los quince? —le pregunté casi riendo.

—Sí, creo que sí —dijo, y empezó a leer—: Noviembre 15 2005. Estoy aquí en mi cuarto sola. Escucho gente fuera celebrando el cumpleaños doce de mi hermana. No entiendo por qué hacen tanto escándalo por algo así. ¡No entiendo! Sólo cumple doce. Tampoco entiendo por qué estoy escribiendo esto. Soy ya mayor para algo como esto, pero no sé a quién contarle lo que pasa. Me siento un poco mal, un poco excluida. Sé que es su cumpleaños pero no es justo. Sofía lo tiene todo. Quiero ser ella, quiero desesperadamente ser ella. No se preocupa por lo que la gente piense de ella. Hace las cosas que le gustan hacer y jamás llora. Ni siquiera piensa en chicos. Yo sí pienso en chicos, porque quiero gustarles, así que hago lo más que puedo para agradarles, pero no sé por qué piensan que soy muy creída. Sé que creen eso porque una de mis amigas me lo contó. Creo en lo que la gente me cuenta, pero, ¿qué pasa si esas cosas no son verdad? ¿Es normal que me sienta tan confundida sobre mí a los quince? ¿Es acaso porque tengo quince que el mundo me puso a un lado y no me va a aceptar a menos que sea lo que todos quieren que sea? Por ejemplo, me encantan los pantalones flojos, son tan cómodos. Mi

hermana los usa todo el tiempo y no parece tener problema con ellos, pero yo no los puedo usar porque sé que si lo hago se burlarán de mí. Ella tiene solamente una amiga, su nombre es Laura. Yo tengo algunos amigos pero ellos nunca me escuchan. Solo se paran a mi lado y me invitan a fiestas. Nunca me llaman a la casa para hablar como lo hacen mi hermana y Laura frecuentemente. A decir verdad, siento que no tengo verdaderos amigos. Pero tal vez estoy entendiendo las cosas mal. No sé por qué no me siento feliz. Tengo que, porque tengo muchas cosas, ¿verdad? Pero, ¿por qué siento que me falta algo más? Solo quiero que mi hermana venga ahora para poder contarle esto. Pero creo que no le agrado tanto. Ya no hablamos. Quisiera que fuéramos como esas hermanas de las películas que se quedan despiertas hasta tarde riendo y contándose chistes e historias. Creo que tal vez podríamos pero ¿cómo, si nunca hablamos? ¿Cómo? Tener un diario no me ayuda en nada porque no resuelve ninguno de mis problemas. Odio mi vida. Es aburrida y ahora no tengo nada que hacer. Voy a esperar hasta que sea mañana a ver si le regalaron algo interesante a mi hermana por su cumpleaños para poder echarle un vistazo y así distraerme un poco. Buenas noches.

Terminó de leer y me miró. No pude evitar empezar a llorar otra vez. Movía mi cabeza de un lado a otro, recordando ese día y pensando en cómo fue. Recordaba que Amaia había desaparecido cuando mi familia y yo empezamos a ver los regalos. Pero pensé que se había aburrido, nunca pensé que se sentía excluida y que había ido a su cuarto a escribir eso. Durante esos tiem-

pos jamás pude haber imaginado que no le gustaba su vida y que quería que fuésemos amigas. Nunca pensé que se sentía sola. Miré al techo porque no podía mirarla directamente. Estaba descubriendo muchas más cosas sobre ella de las que sabía en años de ser hermanas.

Sentí que ya era muy tarde para descifrarlas por completo cuando dijo:

—Sabes, no soy perfecta como se lo dices a todos, ni de cerca. A veces, ni siquiera soy feliz conmigo misma. Es que no puedo ser yo misma entre la gente. Constantemente me siento insegura acerca de mi vida. Creo en cosas tontas y sin sentido y no pienso antes de hacer las cosas. Te digo esto, Sofía, para que entiendas que no existe la perfección en una persona. Y tratar de alcanzarla es la tarea más tonta e inservible que puedes realizar. Créeme cuando te lo digo... y en este diario se encuentran muchas explicaciones más como la que acabo de leerte.

Desvió la mirada hacia sus manos y luego la dirigió al reloj que estaba en la mesa. Ya eran la 11:55 p.m.

—Es hora —dijo—; déjame tomar mi bolsa y un saco por si hiciera mucho frío.

Fue al baño por su bolsa y tomó el saco del closet de su cuarto; se demoró un poco. Yo estaba empezando a quedarme dormida en su cama y me dijo que podía quedarme allí si lo quería. Dejó el diario dentro de su velador, junto a mí.

Me sonrió y me dio un beso de buenas noches. Le dije:

—Gracias por todo, Amaia. Ahora sé que no somos completamente diferentes. Cuídate de ese tipo, no

le dejes aprovecharse de ti otra vez. Ven rápido, ¿está bien? Y llámame si necesitas que yo vaya.

Me levanté y fui a mi habitación. Tomé una cadena que mi papá le había dado a mamá cuando se conocieron por primera vez; la tenía yo a pesar de que era a Amaia a quien le encantaba, porque mamá me la había dado al cumplir los quince años. Se la di.

—Este es tu amuleto de la suerte ahora —le dije—. Cuando yo no pueda cuidar de ti, esto lo hará.

Lo puse alrededor de su cuello y me senté en la cama. Noté que estaba agradecida. Me miró de nuevo y dijo:

—Mira, nunca dejes de ser como eres. Tienes una luz que resplandece sin fin dentro de ti, como lo tiene cada mujer. Es esa luz que es la más valiosa, la que jamás se pierde. No lo olvides, Sofía.

Me dijo adiós con la mano. Salió y cerró la puerta inmediatamente antes de que yo pudiese despedirme también. En serio sabía cómo hacer que todos la amen. Me quedé parada junto a la ventana que daba hacia la calle por donde salía y la miré subir a un taxi. Se veía espectacular como siempre. Su cabello, sus zapatos, su rostro sin maquillaje alguno, y su presencia en general. Era fantástica.

Me recosté en la cama y puse una canción de Courtney Jaye en mi iPod. La escuché repetidamente por lo menos diez minutos, preguntándome cómo la música puede hacerte pensar en más de una cosa a la vez. Pensando en cómo tantas emociones se pueden recopilar en pocos segundos.

CAPÍTULO 15

AMAIA NO REGRESÓ ESA NOCHE. NI LA SIGUIENTE.

En la mañana fui a traer a mamá del hospital. Tuve que decirle que Amaia había salido en la noche y que seguramente se había quedado en casa de alguna amiga. No comentó nada pero su rostro se veía preocupado. Solo me pidió que llame a un taxi para ir a casa que, cuando llegamos parecía vacía. Mi mamá se metió en la cama y llamó a mi hermana una y otra vez, pero su teléfono estaba apagado. Llamó también a todos los conocidos, pero nadie le dio ninguna información sobre Amaia.

En las semanas siguientes tuve que asumir que había desaparecido completamente. No se había llevado nada, con excepción de su chaqueta y la cadena que le di. No esperaba que regresase tan pronto, sabía que no lo

iba a hacer. Ahora entendía por qué me leyó su diario y por qué actuaba tan diferente y preocupada. Ella ya sabía que iba a irse desde hace algún tiempo, eso era seguro. Me sentía como si nos hubiese abandonado. Al principio no entendía qué fue lo que la llevó a hacerlo.

Mi mamá estaba tremendamente triste. No hablaba mucho desde el accidente de esa noche y cada vez que escuchaba un sonido fuerte, saltaba de su asiento y se le alteraba su respiración. En las noches comíamos en completo silencio y cuando el teléfono sonaba mamá se anticipaba a atenderlo. Aún mantenía la esperanza de que Amaia regresara. Yo no era optimista al respecto. Ya había parado de darle vueltas al asunto y asumido que era poco probable que regresase.

Una de esas noches estábamos sentadas en la sala viendo las noticias en la televisión, lo que ya era parte de nuestra rutina nocturna. Luego de las noticias bebíamos algo de té, veíamos el programa mexicano que le gustaba a mamá e íbamos a dormir. Esa noche, mientras veíamos las noticias alguien tocó la puerta. Mi madre se levantó del sofá y vio a través de la rendija. Después de ver quién era se volvió hacia mí.

—Es tu padre —me dijo, sorprendida.

Con igual sorpresa le pregunté:

—¿Qué hace él aquí?

—No sé... Pero no puedo dejarlo afuera —repuso.

—Bueno, si quieres que entre, pues ábrele la puerta —sugerí.

Entró mirando a mi madre. Usaba una corbata con una camisa blanca de lo más corriente y unos jeans. En

su mano izquierda sostenía unas flores y en la derecha un sobre. Mi mamá estaba anonadada y parecía ansiosa, así que se quedó ahí esperando que él dijese algo. Ese momento pude adivinar que aún había afecto entre ellos. Los ojos de mi mamá brillaban con esperanza y una pequeña sonrisa apenas emergía de su rostro.

—Ruth, no pasa un solo día en que no me acuerde de ustedes. Quiero de vuelta a mi familia —empezó diciendo—. Me arrepiento por todo, lamento haberte dejado a ti y a las niñas, y no sé qué decir, lo único que sé es que nunca me voy a arrepentir de haber sido tu esposo. Ruth, escucha —continuó—, soy un idiota, está bien. Lo sé. No debí haber hecho lo que hice pero no tenía ningún dinero, era muy joven y estaba confundido acerca de qué representaba una familia cuando Sofía estaba por nacer. Más que confundido, me sentía asustado. Me acobardé y dejé de lado mis responsabilidades, pero necesitaba decidir qué hacer. Si quieres escuchar el porqué me marché, pues, fue porque me di cuenta lo mal padre que fui con Amaia cuando ella era tan pequeña y necesitaba de un mejor padre. Alguien que le pudiera dar más comodidades, una buena educación y todo lo que se merecía. Pero yo no era capaz, no tenía ni dinero ni la forma de conseguirlo, me sentía inservible y avergonzado de haber traído al mundo una hija de la que no me pude hacer cargo apropiadamente. Ella no tenía la culpa. Tampoco la tenías tú. Por eso, cuando quedaste embarazada otra vez, pensé que sí iba a poder y que las cosas iban a mejorar, pero me acobardé antes de que Sofía naciera. Yo sé que nada recompensa lo que

hice. Pero siempre las he amado. Me fui porque me ofrecían un empleo en el que pagaban bien y no quería quedarme en la misma ciudad escondiéndome de ti. No voy a pararme aquí a justificarme con estos bajos argumentos sobre lo que hice. Pero por favor, intenta entenderme, no quise causarte nada de daño. Ahora, lo único que quiero es a mi familia, aprendí que ustedes son parte de mí y me arrepiento por lo que hice...

La tomó de las manos esperando su respuesta. Entonces yo empecé a hablar enérgicamente contra él.

—¿Así que te refieres a empezar de nuevo? —Me levanté del sofá para verlo claramente—. ¿Eso es lo que quieres? Estar con tu familia, la que no te importó hace quince años. Pero no, lo sé, necesitabas tu espacio, ¿no es así? Decidiste que necesitabas tu espacio justo cuando mi mamá estaba embarazada y te necesitaba más que nada. Pero claro, lo sé, era muy difícil, ¿verdad? Es decir, era muy difícil aceptar tus responsabilidades porque eras muy joven, oh pobre de ti, ¿y qué pasó con mi mamá eh? ¿Qué hay con ella? ¡Era igual de joven que tú, maldita sea! ¡Estaba sola! Y ahora, ¿quieres tu familia de regreso? Mira, ese barco ya zarpó. Ya no somos tu familia, malgastaste el derecho de ser esposo de mi madre y el de ser nuestro padre el día que te fuiste. ¿Quieres saber algo? Apenas unos días atrás mi hermana se escapó de la casa porque un maldito la engañó, ¡prometiéndole todo y dándole nada! ¡Como tú hiciste con mi mamá! Y ahora, ¿vienes a reclamar tus derechos? No esperes mucho, porque no te lo mereces, ¿estás escuchando?

Me puse histérica. Estaba aturdida y molesta. ¿Cómo podía venir a nuestra casa y presumir que aún somos su familia? ¿Cómo podía ser de sangre tan fría como para hacer eso? Si yo fuese él estaría escondiéndose en alguna parte, avergonzada de mis actos. Estaba tan fastidiada que solo me levanté y corrí hacia mi cuarto y cerré la puerta lo más fuerte y sonoro que pude para que él notase que no era bienvenido.

Cubrí mi cabeza con una almohada. *¿Por qué te fuiste, Amaia? ¿Por qué viene él, después de tanto tiempo de habernos dejado y olvidado que existíamos?*, me preguntaba, aunque sabía que eran cuestiones que no podía responder en ese momento. En eso escuché que él le decía a mamá:

—¡Oh, no, no puede haberse ido! Pero, ¿qué pasó?, Ruth...

Abrí la puerta levemente y vi que él puso un sobre en la mesa mientras mamá lo veía con tristeza.

Luego continuó:

—No pude regresar antes porque tenía que conseguir dinero; no podía venir y aparecer con las manos vacías. Pero, mira, ahora una de nuestras hijas está perdida y en peligro, Ruth.

Mi madre empezó a defender su punto de vista:

—Yo nunca quise que vinieras, así tan tarde, aunque fuera con dinero en las manos. Quería que lo hicieras cuando te necesitaba, Francisco. Cuando necesitaba de tu apoyo y no importaba si había dinero de por medio o no. Te amaba, ¿sabes? Cada día que pasaba y tú no venías perdía más la esperanza de que regresaras. ¿Cómo pudiste? Me hiciste mucho daño. Y ahora estoy

sufriendo más porque Amaia no está. Tú no eres el único que ha tenido que pasar por un deprimente estado. Tú no estuviste aquí para criarla; tuve que hacerlo sola, y sin tu ayuda no creas que fue fácil. Y ahora, ¿quieres que te perdone?

Empezó a alterarse. Yo sabía que él se merecía esos reproches. ¿Por qué se mostraba preocupado ahora que Amaia se había ido sin que él estuviera aquí para ayudarla cuando enfrentaba tantos problemas? Por último, ¿por qué estaba en nuestra casa? Ésta no era su casa. Quería que se vaya, así que salí de mi cuarto y me paré frente a él y le dije:

—Viniste a que te perdonen, como si lo que hiciste no hubiera sido nada grave; deberías primero reflexionar sobre eso: sobre haber sido tan cobarde, tan inservible, y un padre desconsiderado. Y luego ver si te mereces un perdón. Debes irte de inmediato. No puedes simplemente disculparte y ganarte nuestro perdón.

Yo estaba aún más furiosa que antes, demostrándolo en cada palabra que salía de mi boca, hasta que él repuso:

—Está bien. Escucha, Sofía. Me fui porque tuve que hacerlo, ¿sí? No lo tenía planeado o algo por el estilo. Nunca quise dejarlas. Seguía amando a tu madre, pero no podíamos criarlas a las dos sin dinero. Así que acepté el empleo en Coimbra y el tiempo transcurrió y cada vez me daba aún más vergüenza volver. Pero ahora decidí hacerlo. No me vas a entender...

—No digas eso. Sólo cállate, ¿quieres? No deseo escuchar tus excusas, tan patéticas como tú. Para que te informes, nosotras no necesitábamos dinero en ese en-

tonces, sino de un padre. Y nuestra madre nos crió perfectamente por su cuenta. Así que, por favor, déjanos en paz. Eso es todo lo que te pido.

Tomé la mano de mi madre y la sujeté firmemente.

—Está bien. Sé que no lo merezco. Y sí, ya sé que no te gusto, Sofía. Sé cuanto me odias, pero te guste o no, soy tu padre. Y también el padre de Amaia. Así que no me iré de la ciudad hasta que la encuentre en alguna parte. La encontraré —lo dijo muy seriamente.

Mi mamá y yo nos quedamos en silencio, pues no sabíamos qué decir. Era cierto, yo lo odiaba por todo lo que nos hizo. Pero teníamos algo en común; queríamos que Amaia regresara y que estuviese segura. Bajé la cabeza al pensar en la desaparición de Amaia, y mamá dijo:

—Francisco, haz lo que quieras. Nosotras ya lo hemos hecho en estas últimas semanas, incluso con la ayuda de la policía. No tenemos idea de dónde puede estar. Pero sí, tú tienes que buscarla también. Y si llegas a saber algo, dínoslo por favor —dijo mamá con tono incierto.

—Lo haré. Y estoy muy agradecido de que me dejes ayudar, Ruth. Amo a mi familia, ¿me escuchas? Nunca dejé de hacerlo. Ni de preocuparme por ustedes. Es duro de comprender, pero lo juro. Así que me iré ahora. Me quedaré en Madrid por un tiempo. Aquí está mi número de teléfono por si se sabe algo.

Le dio una tarjeta de identificación a mi madre y estiró su brazo para despedirse de mí. Miré su mano pero no moví la mía. Le dio un beso a mamá en la mejilla

y cerró la puerta. Después que se fue le pregunté a mamá:

—¿Cómo puedes hablar con él y comportarte tan serena después de todo lo que hizo?

—Sofía, no puedes ordenarle al corazón que deje de querer a alguien. Simplemente sucede. Me siento tan bien cerca de él. Como si no necesitara de nada más, solo me siento feliz porque recuerdo todos esos momentos juntos. No puedo evitarlo. Sé que me causó mucho dolor y sentí odio hacia él por todo eso. Pero aún si no lo he perdonado, sé que lo amo mucho, aunque ya es tarde para preocuparme por esas cosas. Tengo que cuidar de ti y encontrar a Amaia. Tengo que cuidar mi trabajo y mi hogar. Las cosas son diferentes ahora.

Respiró profundamente y caminó hacia su cuarto. Yo me quedé pensando en lo que me había dicho. No comprendía bien por qué aún lo quería, pero como ella dijo, aún si yo lo odiaba, eso que ella sentía por él lo seguía sintiendo. Y era cierto que había pasado ya mucho tiempo, pero me daba tristeza pensar que ella lo seguía amando pero no podía estar con él porque su vida ya no tenía que ver solamente ya con ella, por nosotras. No me parecía justo que tuviera que reprimir sus sentimientos hacia él aun si a mí no me agradaba... Mi madre se sentía feliz de verlo.

Esa noche llamé a Laura. No había hablado con nadie, aparte de mi mamá, desde que mi hermana se fue. Ni siquiera había ido al colegio. Cada vez que salía al autobús, en vez de subirme, me iba para otra parte. No me importaba el colegio. Tenía cosas más importantes que

hacer y por las cuales preocuparme. Laura contestó el teléfono y tan pronto escuchó mi voz gritó alegremente:

—¡Sofía! Pensé que algo te había sucedido, ¿por qué no devolviste ninguna de mis llamadas? ¿Por qué no has ido al colegio, qué pasa? —seguía preguntándome tantas cosas y la interrumpí.

—Oh, perdón por no llamar. Hay tantas cosas que están pasando ahora. Mi padre vino a la casa esta noche; Amaia se fue de la casa; mi madre no se ha sentido muy bien, ni yo tampoco...

Le conté todo lo que había pasado en las últimas semanas. Le conté sobre Amaia llorando junto a mí esa noche que abandonamos la fiesta; sobre ese tipo yendo a mi casa y agrediendo a mi mamá. Le conté que Amaia me había leído su diario esa noche que se fue y cuánto la extrañaba. Lloré por el teléfono y Laura me hizo sentir más tranquila diciéndome que ella siempre iba a estar conmigo y que bajo ninguna circunstancia me iba a abandonar. Eso me dio fuerzas. Siempre me sentía mejor cuando hablaba con ella. Yo estaba feliz de tenerla como una amiga en la que podía sostenerme.

Conversamos por lo menos unas cuatro horas. Estaba muy cansada y quedamos en encontrarnos el fin de semana para poder hablar más. Me dijo que Sergio y ella ya estaban saliendo y que lo iba a ver al día siguiente. Me alegré porque a ella le gustaba mucho Sergio. No paraba de hablar de él y ahora su sueño de estar con él se había cumplido. Nunca pensé que diría esto, pero los sueños se vuelven reales en la vida, solo que a veces no nos fijamos cuando sucede.

CAPÍTULO 16

LOS DÍAS PASABAN. FRANCISCO VENÍA A CASA al menos una vez por semana. Y cada ocasión con una excusa menos creíble para invitar a mi madre a salir. Una vez dijo que necesitaba que alguien le ayudase a buscar muebles para su nuevo departamento que había comprado en la calle Serrano. Me invitó a verlo. Yo estaba pensando darle una oportunidad. Por lo menos quería intentarlo. Aunque sentía que necesitaba un poco más de tiempo. En serio, nos trataba bien, en especial a mamá. Cuando venía nos traía el almuerzo y siempre llamaba para saber si estábamos bien. Mi madre sonreía más a menudo. De hecho, creo que jamás la había visto con una sonrisa tan grande antes, así que no quería ser la causante de que esa alegría se desvaneciese, a pesar de que yo aún le tuviese rencor.

Yo había vuelto al colegio y progresaba mucho en clase de literatura. Descubrí que escribir no era aterrador cuando lo hacías sobre algo que en realidad te gustaba. Y leer tampoco estaba mal. Me hacía relajar y hasta empecé a hablar más con la gente de mi clase. Hice algunos amigos nuevos. Como Florencia, tan inteligente como graciosa. Ahora comparto con ella bastante ya que Laura y Sergio están juntos casi siempre y mi amiga parece irse a otro mundo cuando está con él.

Las cosas para mí también marchaban bien, a pesar de todo.

Como el otro día. No sé por qué me levanté tan temprano. Eran alrededor de las siete cuando me sentí con ánimos de salir a caminar ese domingo por la mañana. Me puse unos pantalones cómodos y una camiseta floja. No me importaba cómo me veía, solo me sentía bien. No tenía que probarle nada a nadie. Luego busqué mi iPod en mi cuarto pero no lo encontraba en ninguna parte, hasta que recordé que lo había dejado en el velador del cuarto de Amaia esa noche que dormí allí. Así que fui y abrí el pequeño cajón; junto al aparato estaba el diario de mi hermana. Lo miré durante un largo rato, mientras recordaba lo que ella me había leído, y algo importante que dijo esa noche antes de marcharse. Mencionó que en ese diario había más explicaciones, como la que había referido con respecto a su actitud aquella ocasión de mi cumpleaños. Sostuve el diario entre mis manos, tratando de imaginar qué otras cosas habría dentro que explicasen aún más los pensamientos y acciones de mi hermana algunos años atrás. Pensé

que si lo había puesto allí antes de irse, justo en donde yo lo pudiese encontrar, era porque seguramente le parecería bien si yo lo leía. Lo abrí lentamente y encontré dos páginas señaladas por un doblez. La primera era la que me había leído. Al abrir la segunda encontré una carta. Estaba doblada por la mitad. En ella había escrito:

Sé que quizás les resulten confusos los motivos por los cuales me fui con él. Lo único que puedo decir es que me resultó imposible irme en contra del amor. Pero eso no quiere decir que no vaya a regresar.

Las amo.

Amaia

Al terminar de leerla mis ojos se llenaron de lágrimas y, al mismo tiempo, una sonrisa se dibujó en mi rostro. Supe que no nos quiso dejar, que sus motivos eran justificables. Me sentí aliviada y corrí en busca de mi madre para hacerle leer la carta. Su cuarto estaba cerrado, aún dormía, pero se la dejé por debajo de la puerta para que la leyese en cuanto la encontrara. Esperaba que ella también sintiese el mismo alivio y entendimiento que en mí habían causado esas cortas frases que explicaban lo necesario.

Cogí una gaseosa y me coloqué los audífonos mientras salía. Afuera no hacía frío, más bien se sentía un poco de calor. Puse mi lista de canciones y caminé hasta la calle principal del barrio.

Pasé por el Paseo de la Castellana y me sentí sosegada escuchando el agua caer rápidamente en las fuen-

tes y mirando los perros que jugaban por lo alrededores con sus dueños. Me sentía bien, de verdad. Seguí caminando y observando las tiendas que estaban aún cerradas, pero sí estaba abierta *Brilhante Resplendor*, una pequeña que mi mamá y yo solíamos visitar cuando necesitábamos decorar la casa. Vendían artículos maravillosos, antiguos e interesantes. La tienda estaba llena de color y olía de forma encantadora. Todos los artefactos era espectaculares, esa la razón para que le hubiesen dado ese nombre, y en portugués por el dueño que era de esa nacionalidad. Entré.

—¿Qué estás buscando? —me preguntó una chica, acercándose a mí.

—No sé —respondí—, ¿por qué no me enseña el objeto más interesante que tengan?

Me hizo seguirla. Me mostró un camaleón nativo de Sudáfrica. Me dijo que el cambio de color que se daba en su cuerpo era el resultado del cambio de clima, pero ella mantenía la idea de que se debía a su estado de ánimo y que lo utilizaban para defenderse de sus enemigos. El camaleón era de cristal, de tamaño natural. Dependiendo del ángulo por el que lo veías el color que reflejaba cambiaba y mostraba uno distinto cada vez que lo volteabas. No estaba hecho de pedazos de vidrios de diferentes colores. Era maravilloso. Podía ver todos los colores habidos y por haber que brillaban radiantes. Decidí comprarlo. Pensé que a mi mamá le iba a encantar también.

Caminaba hacia la casa cuando decidí girar hacia el parque situado en mi calle. Caminaba y bailaba un

poco al mismo tiempo cuando sentí que alguien me tomó por la espalda. Sonreí antes de darme la vuelta porque sabía que era Alex. Ahí estaba, con su espléndida sonrisa y sus ojos tono café oscuro. Llevaba su patineta, como siempre, y me sonrió mientras decía:

—Oye, chica perdida. ¿En qué andas?

—¿Chica perdida? Huh, bueno tú tampoco has aparecido últimamente, chico perdido —le dije riendo.

—Hmm, tienes razón, pero sí quería verte. En serio quería. ¿Qué haces, si puedo preguntar?

—Quise levantarme temprano para caminar hoy, y lo hice, ¿y tú?

—También andaba por aquí... Usualmente no duermo mucho los fines de semana, prefiero salir temprano para aprovechar el día.

—Estoy de acuerdo con lo que dice usted, señor Alex —le dije mirando su vestuario. Amaba su forma de vestir; tenía tan buen gusto.

—Así que, dime, ¿qué estás cargando? —me preguntó mientras miraba la funda en que llevaba mi camaleón.

—Es un camaleón de cristal. —Lo saqué de la funda—. ¿Ves? Si lo mueves cambia de colores. Es hermoso.

Lo tenía frente a mi rostro y podía verlo mirándome a través de los cristales, mientras los colores se reflejaban en su cara.

—Tan hermoso como tú —dijo, apartando el camaleón de mi rostro.

—Gracias —dije y empecé a caminar deprisa delante de él.

—Espera, espera. —Me tomó por el brazo como siempre—. Me enteré lo de tu hermana. Lo siento, Sofía.

—¿Quién te lo contó? —pregunté alarmada.

—Algunos de los vecinos, ya sabes; mucha gente se ha enterado. ¿Pero por qué no me lo dijiste, simplemente? ¿No confías en mí? —preguntó.

—No, no es eso. Es que estoy sorprendida de que muchos sepan sobre eso. Es decir, iban a enterarse de todos modos, pero no creía que así de rápido.

—¿Adónde fue? —me preguntó, impidiéndome dar un paso más.

—Se escapó con Manuel, el que estaba con ella en la fiesta esa noche —empecé a contarle.

Quise contarle todo a Alex, porque sentía que podía confiar en él y necesitaba hablar con alguien.

—Ese tipo se desquitó con mi mamá esa misma noche porque Amaia no estaba en la casa y él no la podía encontrar. Como mi mamá era la única en la casa y no le dijo dónde estaba Amaia, la empujó y la hizo caer al piso; se lastimó la frente. Y ella tuvo que ir al hospital. Amaia estaba consternada...

Y de pronto lo entendí todo. Mi mente finalmente se aclaró y todo se hizo tan obvio. Amaia no le contó a mamá que con ella también se portó agresivo porque quería protegerlo a él y a nosotras. En verdad lo amaba tanto como decía en su carta, por eso trató de explicárselo a mamá y justificarlo, pero no supo cómo. Cuando estábamos en el parque me dijo que él no era como la mayoría de chicos que gustaban de ella solo por ser bonita, y eso creo que realmente le importaba. Por eso es

que jamás lo reportó a la policía como se lo había prometido a mamá. No quería que Manuel tuviera problemas; no quería hacerle daño. Le dijo eso sólo para que se sintiera mejor. Amaia fue a verlo esa noche cuando él la llamó, seguramente para disculparse por lo de mamá y no creo que esa haya sido la primera vez que hablaban desde la fiesta. Antes de desaparecer ya estaba preparada para huir con él, quién sabe por cuánto tiempo, ni adónde. Pero sabía que no iba a volver pronto. Fue por eso que me leyó su diario; quería hacerme saber que yo le importaba y que quería que estuviésemos más unidas aún si estaba a punto de irse. Y antes de ponerlo en el velador seguramente introdujo entre sus páginas esa carta que había tenido escrita para que mamá y yo la leyésemos luego. Amaia había dejado todas sus pertenencias porque iba a comenzar una nueva vida. Como mamá me dijo, no puedes ordenarle al corazón que pare de amar a alguien, incluso si hay momentos en lo que te hiere. Ese sentimiento permanece ahí. Amaia había hecho lo que sentía, tratando de involucrar en su decisión a todos, de alguna manera.

—Ella ya estaba lista para comenzar una nueva vida —dije finalmente luego de una larga pausa. Quería comenzar todo de nuevo. Y no quería que Manuel nos causase más problemas con sus cambios repentinos de actitud, ni más daños. Hizo lo que su corazón le dijo que hiciera. Por el amor a su familia, y por el amor hacia Manuel. Lo hizo por todos incluyéndose ella misma. Creo que era eso lo que quería que entendiéramos cuando se fue...

Miraba alrededor del parque recordando cuando éramos pequeñas y solíamos jugar ahí; saltábamos por todo el lugar y hacíamos un desbarajuste en todo sentido. Eran buenos momentos.

Alex seguía mirándome y me dijo:

—Al recordar todos esos momentos que estuvieron juntas y aquellos últimos en los que se sintieron más cercanas que antes vas a sonreír, porque esas cosas son las que te ponen feliz y las que no se olvidan, Sofía.

—Sí, lo sé. Y me arrepiento de no haber tenido esa relación tan cercana con ella antes, porque hubiésemos aprovechado cada momento, pero éramos algo tímidas para mostrar quiénes éramos realmente; y ahora, después de todo lo que ha pasado, la conozco más. Es maravillosa, sabes —le dije sonriendo.

—Sí, lo sé —me dijo concentrando su mirada en la mía.

—Alex, ahora entiendo. Sé que no lo hizo solo por ella. Lo hizo por nosotras también y no es cierto que no va a regresar. Solo está viviendo la vida que quería y soñaba vivir desde un principio. En donde se hallara a sí misma y en donde nadie la reconociera y pudiese actuar como la verdadera persona que es. Se lo merece. Cada persona puede hacer lo que sea con su vida, absolutamente todo lo que quiera hacer para alcanzar su propia felicidad.

—Razonas muy bien cuando te lo propones —me dijo—. Yo también pienso que no es cierto que no vaya a regresar. Tal vez solo está descubriéndose a sí misma o algo así. Ya sabes, como en esas películas en las que los personajes buscan encontrarse consigo mismos.

—Sí, eso es. Disfruté escuchándola esa noche porque no estaba pensando en nada triste o en que se iba a ir; no la entendía por completo en ese entonces. Y fue lo mejor, porque, de verdad, pudimos hablar, y cuando leyó su diario... —murmuré.

—Sigues hablando de eso, ¿qué era tan importante en ese diario?

—Bueno, no era exactamente el diario en sí, si no una de las páginas que escribió Amaia. Algo que sintió y lo escribió ahí cuando tenía quince. Lo escribió el día de mi cumpleaños de doce. Ella había ido a su cuarto porque estaba algo molesta con la gente. Al igual que yo cuando todos solo le prestaban atención a ella... —le dije mientras lo miraba—. Era tan tímida, no le contaba a nadie lo que sentía. Pero decidió decírmelo esa noche. Y fue increíble, porque descubrí quién era en realidad: una chica fantástica que tenía sus defectos, como todos los tienen y no hay mal en eso. Me hizo entenderla mejor justo antes de que se marchara. En el diario dejó una carta para mamá y para mí, explicando en su propia forma la razón para lo que hizo. En ella dice que ama a Manuel. Y sé que nos ama a nosotras. No es que le esté entregando su vida a él. Lo hizo por ella y ahora debe estar feliz con Manuel.

—Pero, espera, ¿no estás en contra de ese tipo? ¿El que se fue con ella? —Alex se oía consternado.

—No hay diferencia entre que me guste Manuel o no. Yo no fui la que pasó tanto tiempo con él y lo quiso tanto ni la que sintió que la mejor decisión era irse con él. Ya no voy a criticarlo a él, ni a la decisión que tomó

mi hermana. Tengo que parar de juzgar a la gente, Alex, ¿sabes? No ayuda en nada juzgar al resto. Solo hace que las cosas se vean peores y complicadas, en especial para Amaia. ¿Por qué tener tanta rabia contra Manuel aún? Yo sé que ella es feliz ahora, porque hizo lo que quería hacer y la apoyo. No estoy diciendo que no la voy a extrañar, porque, sí, voy a hacerlo. Pero no quiero seguir siendo negativa sobre la vida, ver sólo el lado malo de las cosas y no concentrarme en lo bueno que es la vida y las cosas alegres que ésta trae. Eso hace que te desconcentres de lo que es realmente importante.

—¿Cómo este día? —me dijo tomando mis manos. Me miró de una forma tan alentadora y dijo—. Yo no quisiera perderme la oportunidad de estar contigo, por ejemplo. Pero depende de lo que sientas tú por mí.

Moví mi cabeza lentamente para otro lado. Mis manos aún seguían entre las suyas. Tenía dos opciones. Decirle que no estaba lista —porque no me sentía tan lista— o darnos una oportunidad. Pero ahora, finalmente, entendí lo que Amaia y mi mamá estaban pasando. ¿No es así como se supone que es el amor? Encontrarte preocupado por alguien que parece tener una parte de tu corazón. Sentía que Alex había hecho eso. Él era alguien que me importaba mucho y me empezaba a acostumbrar a tenerlo cerca de mí. No digo esto por sonar cursi ni nada de eso, pero fue el primer chico con el que me sentí confiada y entendida. Estaba sentado allí, esperando por que yo dijera algo. No iba a pensar en qué decir, solo lo dije.

—¿Qué siento? Siento que tampoco quiero desperdiciar esta oportunidad contigo.

Me sorprendí cuando me di cuenta de lo que había dicho. Sonaba tan segura de mí misma. Sentía ser alguien distinta. Sentía haber madurado.

Sostuve su mano también, olvidándome de todo que no fuera los dos. Me sonrió y yo lo hice también. No pensaba en qué iba a suceder después. Tal vez las cosas iban a ser completamente diferentes en un año. Tal vez Amaia iba a regresar un día y contarme todo lo que había hecho y cuánto estaba disfrutando de la vida en ese momento.

Hay gente que considera que la palabra *perfecto* está asociada comúnmente con alguien o algo que es más bien erróneo. De todas formas, como dijo mi escritor más admirado, William Faulkner, «La perfección solo existe si llegamos a percibir algo o alguien que se convierte en ese estándar». Cada persona posee un pequeño trozo de perfección entre sus propias cualidades y habilidades, las que pueden no ser perfectas a otros, pero que lo son para esta persona y para quienes también las reconocen y las valoran.

Para mí que todos tienen su significado personal para la palabra *perfecto*, y así debe ser. Algunos pueden pensar que tener un nuevo auto es perfecto. O tener una casa muy costosa, o un trabajo, o suficiente dinero para acceder a cualquier cosa que quieran tener. Algunos otros pueden pensar que perfecto es celebrar Navidad con sus familias, tomando mucho chocolate caliente e intercambiando regalos. Para otros, perfecto es viajar por todo el mundo y visitar nuevos lugares y recolectar imágenes de ellos en su cabeza. Estar sentado debajo de

un árbol leyendo un libro en una tarde fresca es también perfecto para alguien que, quizás, ha pasado un día estresante. Para mi hermana, perfecto fue encontrar a su «príncipe encantador», que vino lleno de defectos, pero que para Amaia, aun así lo era. Para ella, el momento perfecto estaba por llegar.

En cuanto a mí, aún no creo en esa vieja frase: «Tu príncipe encantador aparecerá repentinamente». No soy la clase de persona que busca que algo así suceda o que tiene esperanzas sobre ello, ya que no busco a nadie que se defina como «príncipe encantador». He vivido mi vida entera sin preocuparme de qué ocurrirá. Porque la vida está hecha para ser más que eso, y no me fió muy bien, cuando algo espontáneamente me ocurre. Y sin buscar, ahora que lo veo, he encontrado a alguien que es perfecto para mí. Mientras caminaba por la calle, lentamente, en ese día soleado, sujetando su mano, mirando para adelante, y sintiendo que, en realidad, no había nada mejor que eso, supe que era el momento perfecto, justo ése. Si algo he aprendido de todo lo que ha pasado, es que llegamos a amar no por encontrar a una persona perfecta, sino por aprender a ver a alguien imperfecto, perfectamente.